

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**¿LE GUSTARIA SER
MI AMANTE?**

Lou Carrigan



LE GUSTARÍA SER MI AMANTE

LOU
CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Le gustaría ser mi amante?

Al oír la pregunta, Ilya Strogov volvió la cabeza, y se quedó mirando a la persona que la había formulado. Era una mujer.

Y no una mujer corriente, eso se veía a simple vista. Alta, elegante, apenas enjoyada, con un gesto de natural distinción. Y además, era bella en verdad, con sus grandes ojos azules, su espesa cabellera negra levemente ondulada, su boca de gesto dulce. Parecía tener unos cuarenta años.

A su vez ella miraba fijamente a Ilya Strogov, de pie junto al taburete que ocupaba el joven ruso. Este, por fin, movió la cabeza con gesto ambiguo, diciendo:

—Perdone, no debo haber entendido... No soy francés.

—¿No? —la bella cuarentona sonrió dulcemente—. ¿Qué es usted?

—Ruso.

—Pero habla y entiende el francés.

—Bastante bien —admitió Ilya—, pero según parece no lo suficiente. ¿Decía usted...?

—Le he preguntado si quería ser mi amante.

Ilya volvió a mover la cabeza. O sea, que había entendido bien la pregunta la primera vez. Y no menos claramente la había entendido la segunda vez. Bueno, a lo mejor era un sueño. El sueño de una noche de otoño.

—Supongo, señora, que está usted hablando en serio.

—Por supuesto —asintió ella.

—Y al decir amante se refiere usted a relaciones de cama. Vamos, cosas de sexo.

—Naturalmente.

Ilya parpadeó. Había algo... poco corriente en los ojos de la dama otoñal. A decir verdad no había nada en ella que fuese corriente, en el sentido vulgar. Lo único sorprendente en ella era que estuviese en aquel lugar, es decir, en el Bar Orbis, en pleno Bulevar de la Croisette, en la más que cosmopolita Cannes, en plena Costa Azul. No es que el Bar Orbis fuese censurable en modo alguno, pero no alcanzaba la categoría que parecía tener la dama de la propuesta. Era un bar de lujo, acudía gente lujosa, y todo tenía allí precios de hijo, pero... no tenía clase suficiente para la dama.

A menos que Ilya todavía no hubiese aprendido a distinguir entre una mujer bien vestida y una dama con clase, claro.

—Bueno —dijo amablemente Ilya—, por el momento podríamos conversar sobre el tema, y quizá

lleguemos a un acuerdo. O tal vez debería decir un entendimiento, porque no acabo de comprender bien el alcance de su propuesta.

—Entonces... ¿puedo sentarme a su lado?

—Se lo ruego —exhibió Ilya su más cautivadora sonrisa.

Lo que no era poco. Ilya Strogov, ruso emigrado, era un bellissimo atleta rubio de treinta años, ojos claros, bronceado por el sol del pasado verano y todavía por el del otoño. Cuando Ilya sonreía causaba verdaderos estragos. Pero lo que son las cosas: mientras la dama parecía estar algo pasada de edad, y quedaba claro que sus dificultades no podían ser por dinero, a Ilya le ocurría todo lo contrario. Vestía deportivamente, era elegante..., pero sus ropas estaban pidiendo el relevo con urgencia. Digno y limpio, pero pobre, eso estaba bien claro.

Ella se había encaramado al taburete con tal elegancia y facilidad que si Ilya hubiera tenido cualquier duda se habría disipado. Era una dama de mundo, vaya que sí. Y no como él, que prácticamente era un pardillo recién salido del nido. Ni por un momento le pasó a Ilya por la imaginación la posibilidad de que la dama fuese una prostituta en busca de clientela. Vamos, ni ocurrírsele.

—¿Qué está tomando usted? —preguntó ella—. ¿Tónica sola?

—Sí, tónica sola.

—Bueno, yo también pediré tónica...

—¿Puedo confiarle un secreto? —se inclinó Ilya con simpático gesto confidencial hacia la dama

—Me encantaría tener secretos con usted —asintió ella.

—Me parece que éste no le va a gustar: no puedo

convidarla. Quiero decir que he entrado aquí con el dinero justo para pagarme esta tónica. No tengo ni un céntimo más.

—No tiene usted que preocuparse por eso —murmuró la dama

—Aja. Voy entendiendo. ¿Tengo pinta de gigoló?

—No. Pero es tan guapo que podría serlo.

—¿De verdad no tengo pinta de golfo?

—No, no.

—Pero usted, ha venido a proponerme que sea su amante, ¿no es cierto? ¿Cómo se entiende eso? Una cosa no encaja con otra.

La dama abrió su bolso, sacó cigarrillos y encendió uno... Captó la mirada de Ilya, le dio el cigarrillo, y encendió otro, que se quedó para sí.

—Puesto que la bebida voy a tener que pagármela yo-le miró ella directamente a los ojos—, voy a pedir champaña, si no le importa.

—Me importa —frunció el entrecejo Ilya—, porque si usted pide champaña yo me voy a morir de envidia.

—Puedo pedir una botella para los dos, y usted puede ordenar al camarero que tire su tónica.

—Es una simpática manera de iniciar unas relaciones de buena amistad —sonrió de nuevo Ilya Strogov—

tomaré champaña, entonces. Vaya, parece que hoy podría ser mi día de suerte desde que llegué a Francia.

—No es corriente ver ciudadanos rusos por aquí —comentó ella—. Quiero decir como usted, solos y... y...

—¿Y sueltos? —casi rió Ilya.

—Algo así-también casi rió ella.

Tenía una dentadura perfecta, por supuesto. Sana, limpia, hermosa. La dentadura de las personas que toda su vida han sabido prodigarse los cuidados adecuados en todos los órdenes y aspectos.

—Pues ya ve, yo estoy suelto. Me llamo Ilya. Ilya Strogov.

Le tendió la mano, con cierta ironía, esperando alguna extraña reacción por parte de ella, pero se llevó chasco, porque ella, simplemente, tendió la suya.

—Yo me llamo Aimé Bourgeois —se presentó.

Ilya asintió, teniendo la mano de ella en la suya más tiempo del necesario. Era una mano aristocrática, fina y bella, pero no blanda; no era una mano inútil, de las que sólo sirven para manejar cucharas y sortijas. Todavía sin soltar la mano de ella, Ilya comentó:

—Ni usted ni yo encajamos en este lugar. Usted, porque el bar es caro y de lujo, pero no distinguido. Y yo porque no puedo presumir ni de dinero ni de lujo. Es decir, no puedo presumir de nada.

—¿Y yo sí?

—Madame, soy ruso y pobre, pero tengo dos ojos que saben ver. Por eso insisto de nuevo: ¿cuál es la broma?

—¿Sé refiere a lo de ser mi amante?

—Evidentemente.

—No es ninguna broma —murmuró ella—. Hace

días que le veo por aquí, y... hoy me he decidido a abordarlo.

—¿Hace días que me ve por aquí?

—¿Quiere decir que me vio una vez, y al día siguiente volvió por este bar tratando de verme de nuevo..., y que lleva haciendo esto varios días?

—Sí.

—Caray —se pasmó Ilya—: se diría que se ha enamorado de mí.

—¿Qué tiene eso de sorprendente?

Ilya quedó silencioso. Ella hizo una seña a un camarero, que acudió rápidamente, mirando con cierta prevención a Ilya. O quizá con envidia. Aimé Bourgeois le pidió una botella de champaña y dos copas, rogándole que retirase la bebida de Ilya. El camarero procedió a ello. Ilya miraba con fijeza especulativa a Aimé.

—Vamos —refunfuñó—, que le he gustado a usted y ha decidido acostarse conmigo.

—No le he propuesto eso —le miró ella sorprendida—. Le he propuesto que sea mi amante, es decir, que sostengamos una relación continuada.

—En la cama.

—¡Qué chocante es usted! —pareció divertida ella—. Se diría que le sorprende esto, que no acaba de encajarlo. A mí no me parece tan sorprendente que una persona desee tener algo que le gusta. Y no se lo tome por el lado absurdo, ¿de acuerdo? Podría molestarse si le hubiera propuesto irnos a la cama, sin más, pues le habría tratado como a un prostituto. Pero yo le propongo que sea mi amante, mi compañero, mi amigo...

—Y su abastecedor de sexo.

—¿No le gusta a usted el sexo, Ilya?

—Sí, pero en condiciones... normales.

Aimé alzó las cejas con gesto de perplejidad. El camarero llegó con el champaña y les sirvió en sendas copas, qué rápidamente quedaron empañadas por la fría bebida. Ilya alzó su copa mientras echaba un vistazo a la etiqueta de la botella. Naturalmente: Dom Pierre Perignon.

—Salud —dijo ella, también alzando su copa.

Ilya asintió. Bebieron los dos. El camarero, que se había alejado, los contemplaba con disimulo. Fuera atardecía entre tonos de mar y luces de colores. Un rumor interminable llegaba al interior del bar, uno de cuyos ventanales se abría a la terraza, en la que todavía se podía disfrutar del buen tiempo, del agradable clima. En el mar, grandes velas blancas surcaban las rizadas aguas. Pronto aparecería en el cielo el tono cárdeno solar de una despedida diaria más.

—Vaya —dijo Ilya, tras paladear el champaña—. Vaya, vaya, vaya...

—Apuesto a que es mejor que el champaña ruso —dijo ella.

—No sabía que en Rusia tuviéramos champaña —se pasmó cómicamente él.

Ella volvió a reír. Ilya miró su discreto escote. La dama tenía, ¡cómo no!, la piel dorada de sol. De sol caro, es decir, del que podía tomarse en un yate en alta mar. Un sol solitario y sin poluciones que causaran interferencias: eso era lo que Ilya llamaba un sol caro.

—¿Qué son para usted condiciones normales? —preguntó ella de pronto.

—Pues eso, las normales: yo te gusto, tú me gustas, hagamos el amor.

—Usted me gusta a mí. ¿Yo no le gusto a usted?

—Bueno, madame, así de repente...

—¿Le parezco fea?

—¡Ni muchísimo menos! —exclamó con evidente sinceridad Ilya.

—Entonces... ¿soy muy mayor para usted?

—Pues no sé...

—Sólo tengo treinta años.

—Ah —dijo Ilya—. Treinta. Ya. Muy bien.

Se echaron a reír los dos. Ilya Strogov comenzaba a sentirse a gusto. Muy a gusto, muy tranquilo, muy relajado. O sea, todo lo contrario de hacía unos pocos minutos, cuando frente a una tónica rumiaba sobre las dificultades de su vida actual, solo y sin trabajo en la bella Francia. No eran unas perspectivas

envidiables, ciertamente. Y de pronto aparece la madame de los ojos azules y le pregunta: «¿Le gustaría ser mi amante?»

—¿Cuántos tiene usted? —preguntó, todavía riendo la dama.

—Casualmente también treinta.

Volvieron a reír. Ella puso una mano sobre una de él.

—Tampoco soy una momia, ¿verdad? —susurró—. Comprendo que hay una diferencia entre una muchacha de veinte años y yo, pero nadie se moriría del susto al verme.

—Ni mucho menos, madame. No es eso. Es que... Pues no sé...

—Bien se ve que no es usted francés. Si le hubiera hecho esa proposición a un francés ya estaríamos en la cama.

—Pues búsquese un francés.

—No seas brusco conmigo —ella insistió en acariciarle la mano—. Yo no busco ni buscaba nada. Simplemente, te vi y me enamoré de ti. ¿Tiene eso algo de malo?

—Dicho así, no. Pero usted se ha presentado de un modo... Casi se diría que estaba dispuesta a comprarme.

—Haría cualquier cosa por tenerte —murmuró ella—, incluso comprarte. No puedo competir normalmente con las jovencitas, de modo que recurro a mis armas, a mis posibilidades. No sólo puedo ofrecerte amor, sino otras muchas cosas que las jovencitas no podrían ofrecerte.

Ilya Strogov retiró su mano, y masculló:

—Gracias por el champaña.

Saltó del taburete, y se dirigió hacia la puerta. Cuando salió a la calle estaba de mal humor: el ambiente olía a gasolina, en lugar de oler a mar, y a las flores y plantas del bulevar. Tantos años soñando en Rusia con vivir alguna vez en el cálido sur de Francia, en la bella, florida y marinera Cannes, y llegaba allá y era un nido de cucarachas de cuatro ruedas.

Se metió las manos en los bolsillos y echó a andar. ¡Vaya un asunto curioso el de la dama madurita! Aunque estaba como un tren, eso sí. O sea, que era verdad eso de que una mujer de cuarenta años vale por dos de veinte... ¡Y anda que no tenía desparpajo la dama! Ve un hombre que le gusta, le aborda, le convida a champaña, y ¡hala!, a llevárselo a la cama. Y a vivir, que son cuatro días, o pocos más.

Caminaba en dirección al puerto viejo, mirando distraídamente a todas partes. Le gustaban las palmeras. Recordaba la primera vez que las vio, de niño, en una fotografía turística precisamente de Cannes. Se propuso entonces vivir en un lugar donde hubiera palmeras, y lo había conseguido. Eso sí, no tenía ni un céntimo Y no porque fuese tonto, o vago, nada de eso...

Se dio cuenta de que llevaba muy cerca de él, pegado al bordillo, un automóvil. Volvió la cabeza, vio el

Rolls Royce, y frunció el ceño. Así es la vida. Unos a pie, sin dinero ni para tabaco, y otros en Rolls...

El rostro de la madame del Bar Orbis apareció en la ventanilla del Rolls. Ilya se detuvo en seco en la acera. Ella movió los labios, y el Rolls se detuvo. Ilya se inclinó un poco, y pudo ver al uniformado chófer al volante del automóvil. Los vehículos que circulaban detrás emitieron sus protestas con el claxon. La dama miraba a Ilya, y eso era todo. El joven ruso la miró ceñudo. Ella sonrió suavemente. Ilya titubeó. La dama abrió la portezuela del coche. Ilya alzó los ojos al cielo, hizo un gesto de resignación, y se encaminó hacia el Rolls. Segundos más tarde estaba sentado junto a Aimé Bourgeois,

cerrando la portezuela.

El Rolls Royce continuó circulando.

—Me caes simpática —dijo Ilya—, así que podemos ser buenos amigos.

—De acuerdo —asintió ella.

—He dicho buenos amigos, y nada más:

—Y yo he dicho de acuerdo —ratificó Aimé.

—Está bien, de acuerdo —murmuró Ilya.

—De acuerdo.

—¿Qué se supone que vamos a hacer ahora, para celebrar nuestra amistad?

—Podríamos cenar juntos. Pero me gustaría hacerlo en casa, no en cualquier lugar público.

—Considerando que yo no podría pagar ni siquiera mi cena, me parece una estupenda solución eso de cenar en tu casa.

—¿Tan mal estás de dinero?—inquirió ella.

—Estoy sin un céntimo, ya se lo he dicho. El último trabajo que tuve no fue precisamente maravilloso.

—¿De qué estuviste trabajando?

—Prefiero olvidarla

—Comprendo. Pero me gustaría saber cuál es tu profesión.

—Aquí la llamaríais perito agrónomo.

—Perito agrónomo —se pasmó Aimé Bourgeois—. ¿De veras?

—De veras. Justamente una profesión que no parece carecer de personal en Francia. Bueno, paciencia, ya encontraré algo, a la espera de la gran oportunidad de mi vida. Porque todas las personas tienen su gran oportunidad un día u otro, ¿lo sabías?

—Te deseo que la tuya llegue pronto.

—Gracias. Bien, ¿dónde vives?

—En la Avenue de Vallauris.

—Claro —refunfuñó Ilya—. Un sitio así tenía que ser.

Aimé tomó con suave y dulce gesto una mano de Ilya, que retuvo entre las suyas. Se miraron a los ojos. Ella sonrió levemente, y pareció que el azul de sus ojos se aclarase.

—Quizá el día de hoy ha sido el de tu gran oportunidad —susurró.

—Quizá. —Y el joven ruso encogió los hombros—. Al menos, sé que voy a cenar. Y gratis, lo que no es nada fácil en Cannes, te lo aseguro...

* * *

Detrás del Rolls Royce circulaba el taxi. Dentro del taxi, dos hombres, uno de los cuales había dado al

taxista la orden de que siguiera al Rolls. El taxista no parecía tranquilo, y mucho menos complacido. Aquellos dos sujetos tenían una pinta que no le gustaba nada: eran cetrinos, de rostros chupados y ardientes ojos negros. Hablaban francés bastante bien, o al menos lo hablaba el que le había dado las instrucciones, pero de franceses no tenían nada. Parecían asiáticos. Hindúes, o algo así.

Bueno, tampoco había para preocuparse tanto, qué demonios. A fin de cuentas, Cannes, toda la Costa Azul, estaba siempre llena de extranjeros de toda clase. Aunque no todos tenían el peculiar aspecto de aquellos dos. Parecían dos tipos de cuidado, sin duda. Vestían bien a la europea, tenían buenos modales, pero...

Y además, ahora les había dado por hablar en su idioma, de modo que no se enteraba de nada. Lo mismo podían estar hablando del famoso y bellísimo Bulevar de la Croisette, que de las hermosísimas mujeres que circulaban por él, que de las gaviotas, el sol poniente, los coches o la circulación... ¡Al demonio con ellos!

—No lo comprendo —decía uno de los cetrinos sujetos de ojos ardientes—. Todo hacía suponer que no tenía un céntimo, y de pronto dispone de un Rolls Royce nada menos. ¿Tú lo entiendes, Khamar?

—Bueno, yo dina que el Rolls es de la mujer, no de él. Eso es bien fácil de comprender, Irkut.

—Sí, de acuerdo, el coche debe ser de la dama, claro. Pero... ¿de dónde ha salido esa dama, quién es, adonde lleva a Ilya Strogov, qué pretende de él...?

—Tranquilo —gruñó el llamado Khamar—. Ya nos enteraremos.

CAPÍTULO II

Todavía quedaba un rastro de rojiza luz de sol cuando el Rolls Royce entró en el recinto ajardinado de la quinta, cruzando las verjas que se habían abierto electrónicamente y que del mismo modo se cerraron tras el coche. El sol parecía talmente un incendio en las copas de los altos pinos y en lo alto de las palmeras. Había arbustos de flores, senderos, amplios parterres... Más adelante se distinguía la casa, de un color ocre suave, con toldos verdes en las ventanas y terrazas.

Llegaron a la explanada frente a la mansión, en cuyo centro había un estanque circular con surtidor iluminado. Más allá se veía el resplandor del sol en las aguas de una piscina. La mansión tenía dos pisos, y era preciosa. Muy buena parte de su fachada se veía como tapizada por plantas trepadoras, y una gran cantidad de buganvillas en un lado.

Ilya Strogov estaba pura y simplemente pasmado. El coche se detuvo ante la breve escalinata que conducía a la puerta de la casa, y el chófer se apresuró a apearse y abrir la portezuela del lado en el que viajaba Aimé Bourgeois. Esta miró sonriente a Ilya.

—¿Algo no va bien?—se interesó.

—¿Todo esto es tuyo? —acertó a preguntar Ilya por fin.

—Sí.

—Pero... ¿tuyo-tuyo... y solamente tuyo?

—Ilya, no puedes decir que yo no haya hablado claro contigo, ¿verdad?

—No, no puedo decir eso.

—Entonces, sé también tú claro conmigo. ¿Qué es lo que estás preguntando exactamente?

—Se me ha ocurrido que quizá estás casada, y que, consecuentemente, esta casa puede ser de tu marido..., el cual podría aparecer en cualquier momento.

—No creo —rió Aimé—. Es decir, quizá pueda aparecer su espíritu, pero dudo mucho que pueda aparecer su cuerpo.

—De modo qué eres viuda...

—Felizmente viuda. Bien, ¿entramos en la casa?

Ilya asintió, y salió del coche al mismo tiempo que ella. Subieron juntos hasta la puerta, que se había abierto atraída por un sujeto alto, flaco hasta el punto de que parecía qué lo habían estirado, y vestido como si fuera a un entierro o regresara de él.

—Buenas noches, madame la Comtesse —saludó, inclinando la canosa cabeza.

—Buenas noches, Lucien. Tenemos un invitado a cenar, y también va a pasar la noche en la casa. ¿Serás tan amable de encargarte de que todo esté en orden, por favor?

—Naturalmente, madame la Comtesse.

—Hemos tomado champaña antes, de modo que para aperitivo mientras encargas la cena tomaremos otra botella. Nuestro invitado es ruso, y cabe suponer que aguanta muy bien la bebida. ¿Es así, Ilya?

—La verdad es que no estoy muy acostumbrado a beber —terció Ilya—. Pero si me emborracho con champaña lo encontraré estimulante. Oye, espero haber oído bien: ¿te ha llamado condesa este sujeto?

—Sí. Él es Lucien, el mayordomo. Cualquier cosa que precises, pídesela, y te la proporcionará.

—De modo que además eres condesa.

—Además... ¿de qué?

—De ser hermosa y rica.

—Ya ves: casi lo tengo todo.

—¿Casi? Me gustaría saber qué te falta.

—Juventud. Pero no creas que soy una mujer de esas traumatizadas por los años y las arrugas. Veo venir la vida, me gusta cada vez más, y el hecho de tener más años que tú, por ejemplo, sólo lo veo desde un punto de vista: que he vivido más que tú. Y eso, querido Ilya, ya no me lo quita nadie.

—Es una filosofía consecuente. Escucha, condesa: ¿realmente crees que yo encajo aquí?

—No seas tonto —rió ella, tomándole de una mano—. Vamos al salón. Tomaremos otra popa de champaña antes de cenar.

* * *

Irkut estuvo mirando el taxi hasta que desapareció avenida abajo, de regreso al centro de Cannes. Entonces se encaminó hacia donde le esperaba su compañero Khamar, cerca del lugar donde se habían apeado del primer taxi utilizado para seguir a Ilya Strogov. Portador de bocadillos y Coca-Cola, Irkut fue bien recibido por Khamar, que señaló hacia las verjas de la suntuosa quinta.

—Por ahí no ha salido nadie —dijo—. ¿Te has enterado de algo?

—He pedido un coche a los compañeros, y me han asegurado que nos lo traerán aquí mismo en cuanto lo consigan. Mientras tanto, claro, tenemos que permanecer aquí vigilando. Ahí vive una tal condesa de Lafleur, una viuda más que multimillonaria.

—¿Dónde has conseguido la información?

—En la guía telefónica. Los demás están investigando más a fondo. Ya nos dirán algo cuando nos traigan el coche.

—Para que te confíes —gruñó Khamar—. Parecía que había de ser tan sencillo vigilar a un hombre como Ilya Strogov, y ya ves cómo se han complicado las cosas.

—Tampoco hay para tanto.

—¿Ah, no? A ver, explícame qué hace un muerto de hambre como ese maldito raso relacionándose de pronto con una condesa francesa que es más que multimillonaria. Explícamelo.

—No tengo ni idea. Pero ya lo sabremos. Sólo tenemos que esperar... y no descuidarnos.

—Igual tenemos que pasarnos la noche en vela paseando por esta avenida.

—No te quejes. Es un lugar agradable. Tan exclusivo, con tantos jardines privados, quintas de lujo... Hemos estado en sitios peores.

—Eso es cierto —sonrió Kharma—. Pero, ¡maldita sea!, me gustaría saber qué está haciendo ese ruso en un lugar como éste.

* * *

La habitación era sencillamente magnífica. Tenía casi cuarenta metros cuadrados, y, por supuesto, baño anexo. Deliciosamente decorada, flamante, pulcrísima, con chimenea, tresillo delante, una

librería, salida a una terraza enmarcada con buganvillas...

Ilya Strogov se estaba contemplando en el espejo del cuarto de baño cuando oyó cerrarse la puerta del dormitorio, y en seguida la voz de Aimé:

—¿Ilya?

El ruso dio por terminada la contemplación de sí mismo. Sí era un hombre atractivo, ciertamente: incluso él mismo, juzgándose objetivamente, tenía que admitirlo. Era atractivo. Pero... ¿tanto?

Apareció en el dormitorio dedicando ya una sonrisa a Aimé, que se hallaba de pie junto al confortable lecho. La sonrisa se congeló un poco en los labios de Ilya al ver el atuendo de madame la Comtesse: un camisón transparente por completo y encima un salto de cama que no ocultaba mucho más que el camisón. Ambas prendas de un color azul oscuro casi negro, sugestivas a no poder más.

El ruso se detuvo y se quedó mirando las formas del cuerpo femenino bajo las transparencias. Eran de una belleza sencillamente fuera de serie..., a menos que Aimé tuviese algún truco que él no podía sospechar.

¿Tal vez las tersas formas se debían a las siliconas y otros subterfugios?

—Te has quedado muy callado —rió Aimé:

—De admiración.

—Mentiras no, Ilya.

—De veras, he quedado admirado. Si no hubieras confesado que tienes treinta años habría dicho que tu

cuerpo parece el de una jovencita de quince.

—Tomaré tus palabras como galanterías, no como mentiras-volvió a reír Aimé—. ¿Cómo te sientes?

—¿Yo? —se sorprendió Ilya—. Admirablemente. ¿Por qué?

—Sólo quería saber si estás bien.

—Bien es poco. Estoy magníficamente.

—Me alegro. ¿Te agradó la cena?

—Querida condesa, me está gustando todo lo de esta casa. Y mucho. Casi me atrevería a decir que hoy ha sido uno de mis pocos días de suerte. Y sería el día perfecto si ahora pudiera acostarme y descansar de tantas emociones.

—Entiendo —le miró ella de forma escrutadora—. Tal vez mañana te agrade prolongar la velada. A decir verdad esta noche he venido sólo a ver si estás bien instalado y si necesitas alguna cosa.

—Sólo descansar.

—Pues te deseo que descanses —susurró ella, acercándose—. Buenas noches, Ilya.

Le puso las manos en los hombros, se alzó apenas sobre las puntas de los pies, y lo besó levemente en ambas mejillas. Luego dio la vuelta, y, sin volver a mirar al ruso, se dirigió hacia la puerta, que abrió.

—Buenas noches, Aimé —murmuró Ilya Strogov.

Ella se volvió entonces a mirarlo, sonrió apenas, y abandonó el dormitorio, cerrando la puerta. Ilya se sentó en una butaca y encendió un cigarrillo. ¿Realmente Aimé había ido a su dormitorio sólo para interesarse por su acomodo? Tal vez si, pero cabía pensar que buscaba algo más. Por ejemplo, la primera noche de amor..., o de algo que se le pareciese, aunque fuese de un modo remoto.

«Lo que no se puede negar es que esta condesa tiene clase —pensó el joven ruso—. Es una situación chocante. Ciertamente el destino en el que menos habría pensado yo sería este de gigoló. No sé por qué, pero me parece que mañana por la mañana me largo de aquí a toda prisa. Y me pregunto cómo es posible que me haya dejado engatusar de este modo. Veamos: ¿ha sido debido a que soy un hombre débil..., o a que la condesa es toda una veterana sabia en estos asuntos y sabe cómo llevarse el hombre a la cama?»

Apagó la luz del dormitorio y se acercó al ventanal que se abría a la terraza. Era una noche serena y tranquila. Por las mismas fechas en Vologda, su ciudad natal, ya había nieve. El contraste no era pequeño, ni mucho menos: o nieve o flores.

Pero la elección, ahora, no le parecía tan simple. Y por supuesto, haber marchado de Rusia para convertirse en el amante de una dama cuarentona no era precisamente lo que podría llamarse el éxito de la vida. O nieve o flores. O nieve o palmeras. O nieve o el cálido mar Mediterráneo, que quiere decir en el centro del mundo...

Se imaginó qué habría pasado si las cosas hubieran sucedido al revés: es decir, si hubiera sido él quien viera a Aimé en el Bar Orbis, y pensara que estaba muy buena, y fuera él quien le hiciera la propuesta: «¿Le gustaría ser mi amante?» Ah, entonces posiblemente en estos momentos él estaría haciendo el amor con Aimé. Chocante. Chocante porque nunca creyó que él pudiera caer en las viejas trampas del machismo.

En verdad chocante.

Terminó el cigarrillo pensando estas y otras cosas. Fuera de la casa se esparcía la iluminación de ésta y las

de las farolas distribuidas por el jardín..., que más que jardín era un amplio parque.

A ver: ¿cual era la diferencia entre acostarse con una mujer porque lo pide uno o lo pide ella? El hecho es el mismo, ¿no?

«Sí —reflexionó ya metido en la cama—, el hecho es el mismo, pero no me gusta que me tengan como a un muñequito... Aunque eso sí: ¡es verdaderamente guapa madame la Comtesse...! Y tiene un Rolls Royce.»

* * *

El modesto Peugeot se detuvo a la sombra de unos árboles en la Avenue de Vallauris, y sus faros emitieron unos destellos determinados. Unos cien metros más arriba de la avenida, Irkut salió de las sombras, y algo más arriba todavía lo hizo Khamar. Se reunieron, y caminaron juntos hacia el coche recién llegado, en cuyo asiento de atrás se acomodaron.

—Ya era hora —gruñó Khamar—: estábamos cansados de permanecer de pie y a la intemperie.

—La noche es hermosa —sonrió el conductor del coche, vuelto hacia los dos.

—Creíamos que, vendrías antes —dijo Irkut.

—Estamos muy lejos de casa, compañeros, y no somos precisamente la CIA o la KGB —replicó el otro, encogiéndose de hombros—. Tendremos que conformarnos con nuestros medios y tener mucha paciencia Bueno, ¿cómo están las cosas por aquí?

—Nada que contar. Entraron en la casa y ahí siguen. Hace ya rato que deben estar descansando. Es un decir, ¿comprendes, Yuduf?

—No muy bien.

—Khamar quiere decir que la condesa debe estar

tirándose a Strogov-aclaró Irkut.

—Ah... ¿Sí?

—Hombre, la cosa está clara. O se trata de eso, es decir, que la viuda ha cazado un bello muñeco, o se trata de que ella es una espía que está también vigilando a Strogov. Y la verdad, pensar que esa condesa, que hace años que vive aquí, que es francesa, que tiene esa mansión, etcétera, es una espía, me parece complicar mucho las cosas, o mejor dicho, darles un cierto aire de película. El espionaje no es así.

—Tienes razón —admitió Yuduf—. Bueno, en ese caso tanto mejor, ¿no?

—Claro. No es nada preocupante que Strogov lo pase bien. Pero tal como están las cosas no podemos confiarnos. No nos han enviado de Pakistán a Francia para que nos dediquemos a hacer el tonto.

—Por cierto: ¿sabemos ya cuándo llega, el profesor Borochenko?

—Todavía no —negó Yuduf—. Pero no os preocupéis, que lo sabremos con tiempo... ¿Qué es eso?

Señaló con la barbilla hacia fuera del coche. Khamar e Irkut volvieron la cabeza, y vieron a través de los cristales la forma humana que se acercaba caminando despacio por la acera. Inmediatamente distinguieron la forma femenina, y se dieron cuenta de que caminaba de modo especial, moviendo mucho las caderas y agitando un bolso.

—Vaya —relucieron los ojos de Khamar—. Vaya, vaya.

—Es una puta, claro —dijo Irkut.

—Vaya cuerpo —susurró Khamar—. ¡Ahora mismo me la...!

—Tranquilo, tranquilo —rió quedamente Yuduf—. Tiempo habrá para esas cosas cuando hayamos hecho el trabajo.

—Es pelirroja —indicó Khamar—. No os podéis imaginar las ganas que tengo de tirarme una rubia o una pelirroja. O una de esas mujeres que tienen el pelo de color ceniza.

—Vamos, cualquiera que no tenga el pelo negro —rió Irkut—. Pues si no fuese porque estamos trabajando...

—Se acerca al coche —masculló Yuduf—. Mucho cuidado con lo que decís. Tenemos que quitárnosla de encima en seguida, ¿de acuerdo?

—Lástima —suspiró Khamar.

En efecto, la mujer solitaria se acercaba al coche, siempre caminando de aquel modo provocativo, muy típico y tópico de la buscona. Llegó junto al vehículo, se inclinó para mirar dentro, sonrió, y dio unos golpes con los nudillos en los cristales de las ventanillas. Yuduf masculló algo, mientras Khamar bajaba la ventanilla.

—Hola, ¿qué tal? —saludó la pelirroja—. ¿Me estáis esperando a mi?

—No —dijo Yuduf—. Sigue tu camino.

—Huy, qué malo —le miró ella—. ¿Ni siquiera vais a darme un cigarrillo?

—Claro que sí —asintió Khamar, que sentía hervir la sangre, pues la pelirroja era joven y hermosísima

Sacó el paquete y se lo tendió a la muchacha, que extrajo un cigarrillo, se lo puso en los labios, y sugirió:

—Y si fueseis buenos me daríais fuego y me dejaríais sentarme un ratito con vosotros. ¡Tengo los pies hechos polvo!

—Nada de eso —negó Yuduf—. Anda, lárgate.

—¡Si serás pelma! —protestó la muchacha—. ¿Qué te he pedido, vamos a ver? Y con esos ojos que tienes de lobo del desierto... Anda, no seas malo y déjame que me quite un ratito los zapatos, ¿quieres?

—Claro que sí —asintió Khamar—. ¿Qué hay de malo en eso? Entra.

Empujó la portezuela sin dar tiempo a Yuduf a tomar prudentes medidas. La pelirroja se sentó, y apenas lo había hecho ya Irkut le ofrecía la llama de su encendedor. Ella expelió el humo y un gracioso suspiro, y preguntó:

—¿Sois africanos? Argelinos o así, ¿verdad?

—Más o menos —repuso Khamar, deslizando una mano por el muslo de la pelirroja.

Ella le miró, soltó una risita, y dejándose el cigarrillo entre los pintados labios abrió su bolso tranquilamente, sacó una pistola con silenciador, y le metió a Khamar una bala en la sien derecha.

La parte superior de la cabeza del pakistaní reventó violentamente, lanzando salpicaduras de sangre, hueso y masa encefálica a todos los rincones del coche, incluidos los rostros de Irkut y Yuduf. Este, que estaba vuelto en todo momento hacia el asiento de atrás, había respingado fuertemente al ver aparecer la pistola en la mano de la pelirroja, y en el momento en que ésta disparaba, él ya comenzaba a sacar la suya.

Por lo tanto, el segundo disparo de la pelirroja fue para Yuduf, que recibió la bala entre ceja y ceja. Pareció talmente que una fuerza tremenda le empujase hacia el volante, su cuello se torció, crujieron las vértebras, y unas diminutas gotitas de sangre salpicaron como un diminuto surtidor.

Mientras Yuduf fallecía en el acto y rebotaba contra el volante, Irkut había palidecido hasta parecer su rostro de color de leche sucia, y, manchado de sangre y fragmentos de cerebro, y luchando para apartar de sí el cadáver de Khamar, había conseguido sacar la pistola y estaba girando dificultosamente para poder encarar el arma hacia la pelirroja.

Esta, simplemente, desvió su pistola y disparó por tercera vez. La bala se hundió con blando y horripilante chasquido en la garganta de Irkut, que emitió una especie de gorgorito, desorbitó los ojos, y al mismo tiempo saltaba verticalmente, lanzaba un tremendo chorro de sangre por la boca, golpeaba con la cabeza contra el techo del coche, y volvía a caer sentado, para inmediatamente desplomarse hacia delante y quedar como mordiendo el respaldo del asiento que ocupaba Yuduf.

Apenas se habían oídos los apagados chasquidos de los disparos. Pero en seguida el silencio fue total.

La rubia se quedó quieta, con la pistola en la mano, el cigarrillo en los labios, y sus hermosísimos ojos verdes muy atentos, esperando cualquier reacción por parte de sus víctimas, que no se produjo.

Chop, sonó un goterón de sangre de la garganta de Irkut al caer sobre el piso del coche. Chop, chop, chop, chop... chop...

La pelirroja dio otra chupada al cigarrillo, y acto seguido guardó la pistola en el bolso. Apagó el cigarrillo por el procedimiento de apagar la brasa arrancándola con el pulgar, para lanzarla fuera del coche por la ventanilla. Guardó la colilla en el bolso. Luego, con cuidado para no manchar sus lindas

manos manicuradas en rojo suave, buscó la billetera de Khamar, a la que dedicó su más seria y concentrada atención. Con una pequeña linterna iluminó una tarjeta de identificación en la que aparecía el rostro de Khamar.

—Pakistaníes — murmuró—. No va a ser precisamente sencillo este trabajo... Devolvió la tarjeta a la billetera y ésta al bolsillo de Khamar. Chop...

No pasaba nadie por la avenida, pero la pelirroja se aseguró bien, mirando a todos lados con detenimiento, sin prisas. Tenía nervios de acero, no cabía duda. Subió el cristal de la ventanilla que antes había bajado Khamar. No se veía bien a Yuduf, y en cuanto a Irkut prácticamente le daba la espalda, pero Khamar, ahora retorcido junto a ella como queriendo apoyarse con su espalda en el costado de Irkut, parecía mirarla con sus ojos horrorosamente abiertos. El destrozo en su cabeza era espeluznante.

—Estás feísimo —dijo la pelirroja.

Le cerró los párpados a Khamar utilizando la yema del dedo índice de la mano izquierda, hizo un gesto como diciendo «¡qué le vamos a hacer!», y salió del coche. Se alejó de allí caminando ahora normalmente, sin pantomimas de ninguna clase. Unos doscientos metros más abajo había estacionado un Mini Cooper, en el cual se metió. De debajo del asiento sacó lo que parecía una radio a transistores, pulsó una de las teclas, y, en el acto, se oyó una voz masculina en el aparato, hablando en ruso:

—Sí, adelante.

—Soy yo —dijo la pelirroja de verdes ojos—. Eran pakistaníes. Creo conveniente retirarlos, y dejar una vigilancia nuestra. Yo me marchó, desde luego.

—¿Cómo que te marchas? —exclamó el hombre—. ¿De Cannes?

—¡Claro que no! —rió la pelirroja—. Me marchó de aquí, pero permaneceré cerca de nuestro personaje. Ocupaos de vuestras cosas, que las mías ya veréis cómo las atenderé perfectamente y a su debido tiempo. Adiós.

El Mini Cooper emprendió el descenso hacia el centro de Cannes.

CAPÍTULO III

—Buenos días, Lucien —saludó alegremente Ilya—, ¿cómo van las cosas por aquí esta mañana?

—Espléndidamente, señor —fe miró impasible el mayordomo—. Como siempre, si me permite decirlo.

—Como siempre —repitió Ilya—. Ya. Si, entiendo. La vida es bella, ¿no es cierto?

—Indudablemente, señor. ¿Desea desayunar ahora, señor?

—No —rechazó Ilya—. Esperaré a la señora condesa. Es decir, si no se levanta muy tarde. ¿A qué hora acostumbra a hacerlo? ¿Las once, las doce...?

—Madame la Comtesse hace casi una hora que salió a correr por el parque, señor. Debe estar a punto de regresar para bañarse y desayunar acto seguido. Nunca más tarde de las nueve, señor.

—De manera que es madrugadora —murmuró Ilya.

—En efecto, señor. ¿Respecto a su desayuno...?

—Esperaré a la condesa.

—Muy bien, señor.

Ilya Strogov salió de la casa, y se quedó ante la puerta, mirando hacia el extenso parque; es decir, extenso considerando que era una propiedad

privada. No tardó en ver por entre los altos pinos la silueta de Aimé Bourgeois corriendo. El día prometía ser magnífico, pero todavía quedaba flotando en el diminuto bosquecillo el relente de la noche. Se veía un fuerte chorro de vaho brotando de la boca de la condesa. Ilya entornó los párpados y encendió un cigarrillo. Buena idea la de hacer deporte. Sí, era una buena idea..., que él había estado poniendo en práctica muchos años.

—Me pregunto por qué dejé de hacerlo —susurró.

Seguía mirando la figura de Aimé desplazándose por entre los pinos. Corría suavemente, sin tirones, con agilidad y elegancia. Con estilo. Todo lo hacía con estilo. Este pensamiento arrancó una retorcida sonrisa a los labios de Ilya Strogov: ¿también debía hacer el amor con estilo, la condesa? Se podía apostar a que sí.

Sí, seguro, que debía ser una experiencia digna de ser vivida. Parecía cosa de novela o de opereta: una viuda millonaria francesa enamorada... o cuando menos encaprichada de un joven ruso.

«Seguro que sabe hacer el amor como nadie», se dijo Ilya.

Permaneció allí fumando, hasta que ella emprendió el regreso. Ahora venía lo bueno, amiguita, se dijo Ilya: nada de afeites ni maquillajes. Eran las ocho y media de la mañana, ella venía corriendo, sin duda transpiraba, y, en definitiva, no podría evitar aparecer al natural, tal cual era, e incluso empeorada su imagen por el esfuerzo, el cansancio y el sudor.

—Buenos días, Ilya —llegó saludando madame la Comtesse—. ¿Has descansado bien?

—De maravilla.

—Me alegro mucho. ¿Acierto si pienso que has decidido esperarme para desayunar juntos?

—Aciertas.

—Eres muy amable. Procuraré no tardar demasiado.

—No te preocupes. Corres muy bien.

Ella se quedó mirándolo, entornando los azules ojos de un modo sencillamente encantador. Había en ellos, y en los sonrosados labios, una sonrisita como de... diversión e indulgencia. Estaba sudando, en efecto, y todavía había en su busto la agitación del último esfuerzo. Una cinta negra recogía sus cabellos en la nuca, formando una cola que a Ilya le sugirió una romana de los tiempos de los Césares. Ah, sí, la divina Popea... Ilya se sorprendió a sí mismo pensando que de buena gana pondría las manos sobre los palpitantes pechos de la divina Popea.

—Tengo algunas pequeñas habilidades —dijo suavemente Aimé—. Como todo el mundo. Incluso diría que algunas más.

—¿Te ha molestado que te diga que corres bien? —se sorprendió él.

—Digamos que me ha sorprendido que te sorprenda que yo sea capaz de, correr. Soy una... chica de cierta edad, no una anciana paralítica.

—Un momento, un momento —alzó las manos Ilya—. ¡Ni por un momento he pretendido decir eso ni nada semejante! He querido decir lo que he dicho, o sea, que opino que corres bien. Y quiero añadir qué es muy agradable y estimulante verte correr..., y ahora, sudando y tan... tan...

—¿Rebosante de vitalidad?

—Pues sí... Si, exactamente. ¡Y no pretendo decir nada más que lo que digo, cuidado!

—De acuerdo —rió ella—. Perdona que no me entretenga, pero no quisiera cometer la ridiculez de resfriarme por no bañarme a su debido tiempo. Hasta ahora.

Acercó su rostro al de él, y le besó en los labios; fue apenas un roce, una leve caricia que no alcanzó categoría de beso. Ilya Strogov permaneció un par de minutos inmóvil en la entrada de la casa, terminando el cigarrillo. Luego entró, subió al primer piso, y entró en el dormitorio de Aimé, en el cual había una sirvienta con uniforme azul pálido sacando ropa del armario. La muchacha miró a Ilya, parpadeó, y eso fue todo.

Ilya entró en el cuarto de baño, y se sentó en el taburete color rosa. Tendida en la bañera, Aimé lo miró apaciblemente.

—¿Tienes algún problema? —se interesó.

—Ninguno. Simplemente he sentido la curiosidad de verte desnuda. Si no te molesta, claro está.

Ella le sonrió. Estaba muy relajada, y así permaneció cuatro o cinco minutos. Luego se puso en pie en la bañera, y se duchó, con agua tibia. Terminó con agua fría. Ilya le tendió la toalla, preguntando:

—¿Qué haremos esta mañana?

—Puedo escuchar tus sugerencias —le miró ella a los ojos—. Tengo el pálpito de que prefieres ir despacio en nuestras relaciones, y no seré yo quien deteriore algo que puede resultar tan agradable. ¿Qué te gustaría hacer?

—Me pregunto si tienes yate.

—Por supuesto.

—Por supuesto —repitió él, con cierto sarcasmo—. ¡Qué pregunta tan tonta acabo de hacer!

—Las he escuchado peores—rió Aimé.

—Menos mal.

—¿Te gustaría salir a navegar un par de días?

—Uno de los muchos pensamientos que siempre he tenido es el de que no quiero morirme sin haber viajado en yate.

—¿Prefieres más tiempo? ¿Te gustaría que hiciéramos un crucero por el Mediterráneo?

—¿Y por qué no por los Mares del Sur? —propuso Ilya.

—Por donde tú quieras. No hay problema. Los problemas suelen ser más invento de la gente que realidades.

—Pasmoso. O sea, que si por ejemplo yo quiero tener un Porsche y no lo tengo ni podré comprármelo nunca, es pura imaginación mía. Vamos, un invento, no una realidad.

—¿Te gustaría tener un Porsche?

—Pues mira, sí, ¡ya ves si soy raro!

—¿Y qué más te gustaría tener?

—¿Qué más?. Te lo diré con una sola palabra: todo.

—De acuerdo —sonrió Aimé—. Nos iremos encargando de ello. Pero te ruego que seas un poco concreto ahora: ¿salimos con el yate para un par de días, o nos vamos a dar una vuelta por el Mediterráneo, o nos vamos a los Mares del Sur?

—¿Qué tal si para ver si me mareo o no, dedicamos solamente el día de hoy a hacer unas cuantas

pruebas?

—Como gustes. Antes de zarpar podríamos pasar por Charles, para comprarte algo de ropa.

—Imagino que Charles es algo así como el Christian Dior de Cannes en moda para hombres deportivos.

—¡Algo así! —rió de nuevo Aimé.

—Bueno, te voy a decir una cosa, condesa: cuando yo quiera ropa te avisaré, y yo decidiré si voy a Charles o a otra tienda. ¿De acuerdo?

—Por completo.

—Bien —asintió Ilya, poniéndose en pie—. Bien. ¿Puedo decirte que tienes un cuerpo... espléndidamente suntuoso y apetecible?

—No sólo puedes decirlo, sino que te agradezco que lo hagas. Pero recuerda, Ilya: nada de mentiras.

—De acuerdo, nada de mentiras..., pero por parte de ambos, ¿no?

—Claro.

—Entonces, contéstame con la verdad: ¿te gustaría que hiciéramos el amor ahora mismo en la bañera?

—Sí.

—Caray... Adivina qué otra cosa he tenido siempre deseos de hacer.

—¿El amor en una bañera? —susurró Aimé.

—Lo sabes todo. ¿De modo que lo harías?

—Ya te he dicho que todo se puede conseguir.

—No olvides esto —sonrió el hermoso ruso—: me debes un polvo en la bañera. Y salió del cuarto de baño.

* * *

Salió del coche, y se volvió, metiendo la cabeza dentro, mirando a Aimé.

—Tardaré unos pocos minutos. Si os obligan a circular dad una vuelta.

—¿Por qué no quieres que suba contigo? —insistió Aimé.

—Porque mi apartamento es una pocilga al lado de tu casa, y porque no hay nada que ver en él. Y ni siquiera hay ascensor.

—Pues súbeme en brazos.

Ilya entornó los ojos, ladeó la cabeza, y sonrió. De súbito su sonrisa pareció iluminarse, guiñó un ojo, y dando la vuelta, se dirigió al portal del edificio, en el cual tenía hacía tiempo un apartamento que, ciertamente, considerando cómo vivía Aimé Bourgeois, no valía la pena que ésta se molestara en ver.

Era cierto que no había ascensor, cosa que no había preocupado en ningún momento a Ilya, que llegó al descansillo sin haber cambiado el ritmo

respiratorio. ¿Realmente hacía bien recogiendo sus cosas y dejando el apartamento? Aimé le había convencido durante el desayuno para que hiciera tal cosa, pero no estaba muy seguro ahora de desear hacerlo. Intuía que una situación como la que se estaba planteando entre él y la viuda podría ser incluso agradable durante un tiempo..., pero no mucho. Una situación así no podía durar demasiado. O él se cansaría de ella o ella de él al ver otro joven apuesto. Porque vamos, tampoco iba a ser tan bobo de pensar que podía surgir entre ellos un amor eterno, ¿verdad?

Entró en su apartamento, y nada más verlo sintió una rebeldía súbita, como un ahogo. Bueno, nunca había pretendido conseguir un palacio en Francia, ni en lugar alguno, pero sabía que merecía algo mejor que aquello. Decidió no hacerse mala sangre. ¿Por qué había de hacérsela ahora, precisamente, cuando tenía a su disposición una mansión magnífica, un Rolls Royce, un yate, todo cuanto pidiera..., y una hembra espléndida?

—Estaba titubeando si llevarse o no todas sus cosas cuando sonó la llamada a la puerta del apartamento. Volvió la cabeza, haciendo un gesto de mal humor. En seguida encogió los hombros y dedicó su atención al contenido del armario. Valiente equipaje. Todo junto no valía ni mil francos. ¿Mil francos? Eso era optimismo..

La llamada a la puerta se repitió. Ilya, ceñudo, salió del dormitorio, recorrió el corto pasillo, y abrió la puerta.

—Te dije que no quería...

Se calló de pronto. No era Aimé. Era una mujer, pero no era Aimé.

—Perdone —dijo ella—. No quisiera molestarle, pero estoy en un apuro. Ilya asintió. Un apuro. Vaya.

—¿Qué clase de apuro?—deslizó;

—Bueno, he alquilado esta misma mañana el apartamento contiguo al suyo, he oído la puerta... Creí que no había nadie aquí, pero al oír la puerta, he pensado... Pero si está ocupado...

—¿Qué clase de apuro?—insistió Ilya.

—No hay luz en mi apartamento, y creo que debe ser una avería de esas tan tontas, pero... Bueno, nunca... he tenido que arreglar ninguna avería. Tal vez se ha estropeado un fusible.

—Podría ser.

—Bien... Oh, ya veo que no puede usted...

—Echaremos un vistazo.

—¿De verdad va a hacerlo? ¡Se lo agradezco mucho!

Ilya sonrió, alzando las cejas. Desde, luego la muchacha era guapísima. Pelirroja, ojos verdes, alta, bien vestida, cuerpo palpitante, perfecto, pleno... Ella captó el examen de los ojos masculinos, y sonrió. Ilya también sonrió, ahora más espontáneamente. Tomó la llave de su apartamento y cerró la puerta. Ella le guió hacia su apartamento, cuya puerta había dejado abierta.

—¿Qué ha pasado con monsieur Beaulieu? —se interesó, realmente intrigado Ilya—. No tenía idea de que pensara dejar el apartamento.

—Bueno, en realidad no lo ha dejado —explicó la bella pelirroja—. Le conocí ayer por medio de una amiga. Él dijo que tenía que salir de viaje un par de semanas, y yo andaba buscando apartamento... El

señor Beaulieu fue muy amable al cedérmelo por quince días a muy buen precio, mientras busco algo definitivo... Tengo intención de pasar por lo menos un año en Cannes.

—Buena idea —aprobó Ilya, ya dentro del apartamento—. Habla usted bien el francés, pero... un tanto raro, ¿no?

—Soy inglesa.

—Ajá, comprendido.

—Usted también tiene un acento raro —rió la pelirroja.

—Soy ruso.

—¡Oh! ¡Ruso! ¿De veras?

—Pero no se lo diga a nadie, o pretenderán que les invite a vodka y les toque la balalaika.

Ella volvió a reír, mientras su rostro se encendía con un leve rubor muy atractivo. Ilya Strogov parpadeó, como deslumbrado. La muchacha no podía tener más de veintidós o veintitrés años. Era preciosa, encantadora. Sus verdes ojos parecían esmeraldas. Sí, señor, esmeraldas. Sus pechos se marcaban en el jersey como diciendo «reservado para afortunados». Era auténticamente magnífica. Ilya movió la cabeza, buscó el cuadro de contadores, y, en efecto, encontró que el hilo de un fusible se había roto. Lo arregló

fácilmente, en silencio, cerró la caja, y miró a la pelirroja, que le contemplaba como turbada. Ilya accionó un interruptor, y la luz se encendió.

—Voilà —señaló la luz.

—Gracias. Ha sido usted muy amable, señor...

—Strogov. Ilya Strogov. Ella le tendió la mano.

—Yo soy Grace Sheridan. Encantada de conocerle.

Parecía talmente que los ojos de la muchacha hubieran quedado conectados a los de Ilya. Ella desvió de pronto la mirada, y el ruso sonrió al captar su sorprendente y leve rubor de colegiala. Pasmoso. Una chica inglesa que se sonrojaba. Vamos, pasmoso era poco. Más bien increíble.

—Lo mismo digo. Bien, si no tiene ningún otro problema...

—No... Hoy no. Quiero decir que..., que como no conozco el apartamento... Bueno, si me ocurre algo espero que..., que podré contar con su ayuda.

—Me gustaría poder decir que sí —murmuró Ilya—, pero sucede que precisamente, yo también me marchó hoy de este sitio.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Pues... Bu.. bueno, quiero..., quiero decir... Ha sido usted tan amable... Es lógico que sienta perder un buen vecino.

—Claro.

De nuevo se estaban mirando fijamente a los ojos. Grace Sheridan se llevó una mano al seno. Las puntas de sus dedos quedaron justo en el agudo y bastante cerrado escote. Llevaba las uñas esmaltadas en rojo suave, y este color destacó de modo atrayente con la blancura de su carne tersa y

lustrosa. Ilya Strogov sintió de pronto una tremenda erección, que le colocó en una situación no poco incómoda. Ella, de repente, bajó la mirada y le tendió la mano, susurrando:

—Adiós... Y gracias de nuevo.

Ilya tomó la mano de ella, fresca y tierna, la sacudió torpemente, la soltó, y salió del apartamento en situación asaz comprometida. Cuando entró en su apartamento soltó una maldición, y se colocó bien el pantalón. Tenía la imagen de la mano de la pelirroja en el escote como grabada en la mente. Tuvo que colocarse de nuevo bien el pantalón.

Entró de nuevo en el dormitorio, vio sus cosas sobre la cama, el armario abierto, la maleta esperando el traslado. Cómo una visión relampagueante, aparecieron los verdes ojos de la pelirroja recién conocida. Una inglesa. Una inglesa y un ruso. Bueno, ¿y qué? La sola idea de penetrar a la muchacha pelirroja tornó pesada su respiración.

Recorrió con la mirada el dormitorio, todas sus cosas... Apretó los labios, todavía titubeó un par de segundos, y luego procedió a colocar de nuevo sus cosas en el armario, en el cual guardó también la maleta. Un minuto más tarde, salía del apartamento. Y segundos después salía a la calle. El Rolls estaba allí. Se metió en el asiento de atrás, junto a Aimé, que le miró sorprendida.

—¿Y tus cosas? —se interesó.

—Las he dejado arriba. No las necesito para pasar un día en el mar.

—Pero habíamos convenido que te mudarías a mi casa.

—Bueno, pues no me mudo...

Parecía que iba a decir algo más, pero vio el rostro de un hombre que se inclinaba ante la ventanilla. El hombre agitaba un rectángulo de papel blanco. Ilya abrió la portezuela, y el hombre le tendió el sobre.

—Una carta, monsieur Strogov. Le he visto, y me ha parecido que se iba de viaje, por eso no la he echado al buzón.

—Sí, ha hecho muy bien. Gracias, Emil.

—No se merecen —ja mirada del cartero se desplazó brevemente hacia Aimé, de nuevo a Ilya—. Hasta la vista, monsieur.

—Sí, hasta la vista. Y gracias.

El propio cartero cerró la portezuela del coche. Ilya había quedado con el entrecejo fruncido.

—Francamente, Ilya, creo que estarías mejor en casa... Los dos estaríamos mejor si te vinieras a casa conmigo. Me pareció que habías admitido esto sin reticencia alguna.

—Hablaremos de eso en otro momento —Ilya miró el sobre que tenía en las manos, como buscando en éste el pretexto para cambiar de conversación, pero de súbito apareció en sus ojos un destello de gran interés, y casi lanzó una exclamación—. Sí, en otro momento. Perdona, quisiera leer esto ahora mismo... ¿Te importa?

—Claro que no.

El ruso rasgó el sobre, y extrajo la única hoja de

papel, escrita a mano, Apenas una docena de líneas. Ilya quedó atónito. Volvió a leer la carta, escrita en ruso. Su gesto de estupefacción era tal que Aimé preguntó:

—¿Sucedee algo malo?

Él la miró como si no la viera, pero de pronto parpadeó y pareció recuperar la visión normal de las cosas. Parpadeó de nuevo y dijo:

—Adiós, Aimé.

—Ilya, ¿qué ocurre? ¡No puedes dejarme así ahora!

—¿No? ¿Por qué no?

—Por muchas razones. Dejando aparte la más importante, esto es, que me he enamorado de ti, hay otras muchas que te están demostrando mi interés por ti: te he ofrecido mi casa, mi coche, mi yate..., todo lo que tengo... ¿Qué más quieres?

—Un globo —masculló Ilya Strogov; y de pronto sonrió divertido como un niño travieso—. Mira, sí, avísame cuando tengas un globo para mí, ¿de acuerdo?

Y sin más, Ilya Strogov salió del Rolls Royce y se alejó rápidamente calle abajo, tal vez porque sabía que el coche no podría seguirlo, al ser aquélla de dirección única...

Tres pisos, por encima del asfalto, desde una ventana, la pelirroja que decía llamarse Grace Sheridan había visto a Ilya salir del Rolls y alejarse guardándose el sobre en el bolsillo. Estuvo mirando al ruso hasta que se perdió de vista. Luego quiso mirar el Rolls, pero éste ya no estaba ante el edificio.

La pelirroja regresó al dormitorio, sobre cuya cama había una maleta abierta. El armario también estaba abierto, y, metido dentro, doblado, como si fuese una pieza de mecano, había un hombre de unos cincuenta años, con los ojos desorbitados por el espanto y el dolor..., el cual procedía sin duda del balazo que había recibido en pleno corazón apenas una hora antes. El pobre monsieur Beaulieu había emprendido un viaje, ciertamente; pero un viaje del cual jamás habría de regresar.

La pelirroja recurrió a su pequeña radio.

—Sí, adelante —sonó la voz masculina.

—Me he instalado en el apartamento contiguo al de Strogov, pero él parece que va a marcharse... O iba a marcharse, porque me parece que le he hecho cambiar de intención. Esto aparte, le he visto recibir una carta y salir disparado del Rolls. Tal vez vaya al aeropuerto.

—Si así fuese, podría significar que el profesor Borochenko está a punto de llegar... o ya ha llegado. En cuyo caso debemos tomar todas las medidas adecuadas al momento y situación.

—Desde luego. Pero no vayamos a precipitarnos: tenemos que hacer las cosas bien, o nada habrá servido de nada.

—Pero... ¿vamos al aeropuerto o no?

—Naturalmente que sí.

Ilya había visto aterrizar el avión por el cual se había interesado después de escuchar su llegada por los altavoces. En la carta recibida se indicaba que aquél era el vuelo en el que llegaba el profesor Borochenko, hecho sobre el cual persistía la sorpresa recibida por Ilya Strogov.

Nada menos que el profesor Borochenko en Francia. En Cannes, concretamente. Y enviándole a él una carta desde Budapest, informándole sucintamente de su llegada y rogándole que fuese a esperarle al aeropuerto... Si esto no era para estar sorprendido, ya no podía haber nada que causara sorpresa al joven Strogov.

Casi a la hora exacta anunciada para la llegada del avión, éste había aterrizado, y ahora, Ilya observaba la salida de los pasajeros llegados en aquel vuelo internacional. Vio al profesor Borochenko, pero de momento no lo reconoció. Lo vio, lo miró, no lo reconoció, y continuó mirando pasajeros recién llegados..., hasta que, de repente, su mirada regresó velozmente al profesor Borochenko.

¿O no era el profesor Borochenko?

Vaya que sí lo era, aunque no lo pareciese. Ilya cayó pronto en la cuenta, de lo que causaba su desconcierto: el profesor se había afeitado la barba completamente. Algo que parecía impensable, vamos. Con seguridad que nadie se había imaginado jamás a Boris Borochenko sin barba. Su famosa barba blanca, espesa, tan bien recortada, que le daba un aire doctoral, importante, intelectual.

Saliendo de su estupefacción, Ilya Strogov caminó resueltamente hacia el profesor Borochenko, que había aparecido portando personalmente una sola maleta y un maletín de viaje. ¡Qué barbaridad, cómo cambiaba la fisonomía una simple barba! Al profesor se le veía más joven, más gordito, y por supuesto

menos interesante. Aunque eso debía importar bien poco al menos interesante. Aunque eso debía importar bien poco al profesor, a sus sesenta y seis años y siempre pensando en cosas importantes de la ciencia y la vida, no en vanidades absurdas.

El recién llegado, que miraba a todos lados con ojos que parecían de turista asustado, vio a Ilya acercándose, y sonrió ampliamente. Dejó la maleta en el suelo, el maletín encima, y, manteniendo la sonrisa, abrió los brazos. Ilya llegó, sonriendo también, y aceptó el abrazo que le estaba esperando. Ninguno dijo nada mientras se abrazaban. Luego, Boris Borochenko apartó al joven, y se quedó mirándolo con suma atención, para terminar moviendo la cabeza con gesto cariñoso.

—Se diría que lo estás pasando muy bien en Francia, Ilya.

—Regular —sonrió Ilya—. Pensé que sería otra cosa.

—¡Ah...! Bueno, es muy inteligente admitir los errores.

—No he dicho que sea un error el haber venido aquí —rió Ilya—: sólo que pensaba que sería otra cosa. Profesor, ¿no puede imaginarse la sorpresa que he tenido al recibir su carta! Y otra sorpresa al verlo: ¿qué pasó con su barba?

—Se la llevó el viento —rió Borochenko; de repente quedó serio—. Ilya, he venido en tu busca. Tenemos que hablar muy seriamente... Supongo que mi carta te ha dado mucho que pensar...

—No he tenido tiempo. La he recibido hace apenas una hora.

—¿Una hora? ¡La envié hace tres días, desde Budapest!

—Son cosas que pasan. A veces el correo no funciona bien, ya sea por dificultades propias, por imprevistos, por huelgas... Bueno, lo importante es

que he recibido su carta a tiempo de venir a esperarlo, tal como me pide en ella. ¿De qué tenemos que hablar muy seriamente?

—No ahora y aquí. Además, faltan otras dos personas que tienen que reunirse con nosotros. Por eso te pido en la carta que busques un sitio de lo más discreto. ¿Lo has encontrado...? Ah, supongo que no, si acabas de recibir mi carta.

—Ya encontraremos un sitio adecuado. De momento vayamos a mi apartamento..., que no es precisamente el sitio más famoso y elegante de Cannes. No hay muchas posibilidades de que alguien se fije en nosotros allá.

—Pero no acaba de gustarme un apartamento, francamente.

—Encontraremos otro sitio, no se preocupe. Deje, yo llevaré su maleta. ¡Caramba, profesor, estoy encantado de volver a verlo, de veras! Y no digamos sorprendido... Estaba convencido de que usted ni se acordaría de mí.

—Vamos, Ilya, no digas tonterías. Fuiste uno de mis discípulos preferidos, lo sabes muy bien. De los pocos que realmente nunca se olvida... ¿Tienes coche?

—No, lo siento —sonrió Ilya—. Tendremos que tomar un taxi, o el autobús. Mejor un taxi, ¿verdad?

—Mucho mejor, sí. No creo que nadie se fije en mí, y si se fijan no creo que me reconozcan, pero siempre será más discreto viajar en taxi que en el autobús.

—Bien —parpadeó lentamente Ilya—. Bien. Salgamos.

Salieron del aeropuerto, frente al cual había algunos taxis. Pero Ilya ni siquiera tuvo tiempo de iniciar un gesto para llamar uno. Junto a él apareció un hombre que murmuró, en francés:

—No hagan ningún movimiento extraño ni se resistan, o morirán los dos. Suban al coche azul.

Ilya quedó pasmado. Junto a él, Boris Borochenko miró al desconocido con expectación, pero sin alarma alguna, lo que evidenciaba que no entendía el francés; no lo suficiente, al menos. Pero Ilya sí lo entendía a la perfección, y de ahí su pasmo.

—¡Pero qué demonios está usted diciendo...! —gruñó.

—No sea estúpido, Strogov. Simplemente suban al coche azul.

El coche azul estaba deteniéndose en aquel momento frente a ellos. Ilya no entendía nada. Además, no le gustaba aquel sujeto de características raciales tan bien definidas: era hindú, o lo más próximo a ello. Sus ojos eran negríssimos, su rostro casi cadavérico. Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de ese lado de la chaqueta. Del coche azul se apeó otro sujeto muy parecido al primero, igualmente con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta...

—¿Qué ocurre, Ilya? —murmuró Borochenko, inquieto.

—No lo sé. Quieren que subamos a ese coche, pero...

—No hablen en ruso —pareció encolerizarse el interlocutor de Ilya—. Hablen en inglés o en francés, pero nunca en ruso. Y suban al coche si no quieren ser acribillados ahora mismo. ¿Está claro?

Borochenko parecía dispuesto a insistir, pero Ilya lo tomó de un brazo y lo llevó hacia el coche. No tenía la menor intención de permitir que un tonto altercado pudiera terminar con la vida de su profesor. El cual intentó resistirse, hasta que Ilya le masculló unas palabras en ruso..., que se apresuró a repetir en aceptable inglés:

—Parece que se trata de un secuestro, profesor. En

cualquier caso, o subimos a su coche o nos asesinan aquí mismo.

Boris Borochenko no dijo nada más. Se metieron los dos en el coche, en el asiento de atrás. El interlocutor de Ilya hizo lo mismo. El otro se sentó delante, junto al conductor, que no se había movido de su asiento. El coche azul partió llevándose a los dos rusos y a los tres sudasiáticos.

—Escuchen —dijo calmosamente Ilya—, esto que están haciendo...

El pakistaní que tenía a su derecha sacó la mano derecha armada con la pistola, y, sin más explicaciones, golpeó con ella, como dando un martillazo lateral, el estómago de Ilya Strogov. Este lanzó un bufido, se encogió un poco llevando las manos al lugar golpeado..., y el pakistaní le golpeó entonces con el cañón en la frente. Ilya emitió un respingo, puso los ojos en blanco, y se desvaneció, cayendo hacia delante. El pakistaní le sujetó y lo echó hacia atrás en el asiento, mientras el que iba junto al conductor sacaba también su pistola y apuntaba a Boris Borochenko, que estaba lívido.

—Permanezca quieto —conminó en inglés—. Y callado. Ya tendrá ocasión de hablar, se lo garantizo.

* * *

Boris Borochenko, que desconocía por completo el lugar, sólo sabía que, finalmente, se habían detenido ante una casa en el campo, cerca de un bosquecillo más bien raquítico. Ilya Strogov sabía que estaban en algún punto entre la localidad interior de Grasse, a unos veinte kilómetros de Cannes, y la mucho menos importante localidad de Aribreau-sur-Siagne. De cuando en cuando, a partir del momento en que había recobrado el conocimiento, se tocaba el chichón que había desarrollado en su frente, grande y ya violáceo.

El primero en apearse fue el sujeto que viajaba junto

al conductor. Luego lo hizo éste. Entonces, el que

había viajado junto a Ilya ordenó:

—Salgan los dos.

Salieron del coche, y, siempre siguiendo las indicaciones de los tres pakistaníes, fueron hacia la casa, en la cual entraron. Llegaron a la salita, en la que había una penumbra idílica. Las contraventanas estaban entornadas, la luz era difusa y de un dorado pálido. Ya había pasado el mediodía. Uno de los captores señaló el sofá, y Borochenko e Ilya se sentaron en él.

—¿Era necesario matar a nuestros compañeros? —preguntó uno.

—¿Qué? —preguntó Ilya.

—¿O los tienen prisioneros?

—Oiga: ¿de qué me está hablando?

—¿No lo sabe?

—No tengo ni idea. Lo único que entiendo es que ustedes pretenden secuestrar al profesor Borochenko, y eso...

—¿Pretendemos? —intervino otro, sarcástico—. Yo diría que lo hemos realizado, ¿no le parece?

—Está bien, lo han hecho. Pero... ¿por qué, para qué?

—¿Tampoco sabe eso?

—Lo único que sé yo es que mi profesor me pidió que fuese a recibirlo al aeropuerto, y eso es lo único que he hecho.

—Y no sabe dónde están nuestros compañeros con el otro coche.

—Le digo que no tengo ni idea, no sé de qué me habla.

Los tres pakistaníes se quedaron mirando con sombría fijeza a Ilya Strogov, que a su vez los miraba entre irritado y preocupado. Boris Borochenko permanecía en total silencio, fija la mirada en el suelo. De repente las miradas de los tres captores cayeron sobre él.

—¿Usted tampoco sabe de qué estamos hablando, profesor Borochenko? —preguntó uno en inglés.

—No —alzó la mirada Borochenko—. Yo no sé nada de violencias, ni de muertes. No sé ni siquiera quiénes son ustedes, ni qué pretenden.

—Le aclararemos algunos puntos. Somos Yufur, Adad y Kemir, agentes secretos pakistaníes. Fuimos enviados a Cannes para esperarle a usted. Con nosotros llegaron tres compañeros, llamados Irkut, Khamar y Yuduf, que han desaparecido, y tememos que hayan sido asesinados por ustedes, los rusos. Sabemos que Ilya Strogov fue alumno de usted en la Universidad de Moscú. ¿Cierto?

—Si... Cierto.

—Y sabemos que usted ha estado hace poco en la India, sosteniendo conversaciones secretas con algunos dirigentes hindúes. ¿Cierto?

Boris Borochenko se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Kemir, que era el que más hablaba de los tres pakistaníes, apretó los labios con un gesto duro, hostil. Ilya Strogov miraba realmente intrigado a su profesor.

—No es ninguna pregunta tan complicada como para que usted no sepa contestarla, profesor — insistió

Kemir—. ¿Estuvo o no estuvo en la India sosteniendo conversaciones secretas?

—Sí... Sí.

—¿Con quién? ¿Sobre qué tema?

Borochenko estaba cada vez más pálido. Bajó la mirada al suelo, y pareció dispuesto a quedarse así para el resto de su vida. Kemir frunció el ceño.

—Nosotros —murmuró— hemos desplegado parte de nuestro modesto aparato de espionaje con tal de enterarnos de eso, profesor, y como comprenderá no vamos a resignarnos fácilmente a su silencio. Usted salió de Moscú, pasó por Afganistán y por Pakistán camino de la India, donde permaneció casi dos semanas. Tras lo cual, regresó a Moscú. Allá, nosotros tenemos algunos... informadores. Nos pasaron el dato de que usted, tras sus conversaciones en la India, se disponía a partir hacia Francia, hacia Cannes concretamente, en busca de Ilya Strogov, uno de sus mejores alumnos de hace algunos años. Conseguida la información, nos hemos dedicado a vigilar a Strogov mientras esperábamos noticias de usted. La situación actual es la siguiente: Ilya Strogov ha hecho contacto con una viuda multimillonaria, en cuya mansión ha pasado la noche. Tras algunas averiguaciones nos inclinamos a pensar que eso es fortuito, y que no tiene nada que ver con nuestro asunto. Lo que sí tiene que ver es la desaparición de nuestros tres compañeros y la llegada de usted, sobre la cual todavía, no habíamos recibido noticias directamente. Sin embargo, puesto que vigilábamos a su alumno, le hemos visto llegar. ¿Entendido hasta aquí?

Boris Borochenko persistió en su silencio, lo que pareció molestar bastante a Kemir, que le señaló agitando la pistola. Pareció a punto de decirle algo, pero optó de pronto por regresar su atención a Ilya.

—De manera que usted no sabía nada de todo esto —gruñó.

—Así es.

—Ni sabe nada de nuestros compañeros.

—Oiga, si quiere se lo escribo cien veces en la pizarra —masculló Ilya—. ¿Cómo quiere que se lo diga?

—Es que si no ha sido usted, tendríamos que deducir que está interviniendo otro grupo de espionaje.

—¿Y a mí qué me cuenta? ¡Maldita sea, no entiendo nada de nada!

—Tal vez su profesor querría explicárselo.

—Tal vez —Ilya miró a Borochenko—. ¿Tiene usted algo que decirme, profesor?

—Sí —asintió Borochenko—: no te metas en esto.

—¿Que no me meta en esto? —se pasmó Ilya—. ¡Usted es quien ha venido a Francia a buscarme!

—Esa es otra cuestión. Lo que yo he venido a tratar contigo no tiene nada que ver con estos hombres, ni con cosas de espionaje.

—¿De veras? —saltó Yufur—. ¿Qué ha venido a tratar con Ilya Strogov?

—No tengo intención de decirlo.

—¿Tampoco quiere decirnos qué estuvo haciendo en la India durante dos semanas?—inquirió Adad.

—No diré nada. Y que el diablo maldiga al maldito traidor que les ha informado a ustedes.

—A nosotros y a alguien más —insistió Kemir—, ya que es evidente que ha intervenido alguien cerca de nuestros compañeros. Pero vamos a dejarnos de insistir en detalles secundarios y concretemos nuestro deseo. Es básicamente uno y muy simple, profesor, y ya se lo hemos expuesto: queremos saber qué estuvo usted haciendo en la India.

—No se lo diré.

La expresión de los tres pakistaníes, inicialmente perpleja, terminó por mostrarse decididamente perversa.

—Bueno —terminó por casi sonreír Kemir—, tal vez sí acepte decirnos qué ha venido a hacer a Francia. ¿Solamente ha venido a buscar a Ilya Strogov? De acuerdo. Entonces preguntamos: ¿cuál es la especialidad de Ilya Strogov en el campo de la sabiduría humana de la que usted es tan destacado representante?

—Soy perito agrónomo —declaró Ilya.

Los tres pakistaníes le lanzaron una mirada asesina.

—Ya tenemos esa información —masculló Yufur—. ¿Qué más es?

—¿Yo? —se desconcertó Ilya—. Nada más.

—Están poniendo las cosas muy difíciles, Strogov.

—Pero es que no entiendo nada...

—Pues no es tan difícil —estalló rabiosamente Kemir—. Vamos a ver si lo entiende por fin: queremos saber qué están tramando Rusia, Afganistán y la India en conjunto contra Pakistán. O Rusia y la India a solas.

Ilya quedó boquiabierto. Borochenko permanecía inmóvil, con la mirada como clavada al suelo. Los pakistaníes estuvieron casi un minuto mirando a uno y a otro, cargados de paciencia, esperando una

respuesta que no llegó en modo alguno.

—Está bien —concluyó Kemir—. Tenemos mucho tiempo para tratar de convencerlos de que deben contestar a nuestras preguntas. Y pueden estar seguros de que los convenceremos. Ve a buscar cuchillos y tenedores a la cocina, Adad.

—¿Vamos a almorzar? —inquirió Ilya—. Estupendo, porque empiezo a tener hambre.

Kemir le miró en silencio. Adad también le dirigió una torva mirada, y se encaminó hacia la puerta de la salita. Salió de ésta, camino de la cocina. Llegó ante la puerta de ésta, la empujó y entró... Se atragantó con el fortísimo respingo que profirió al encontrarse delante mismo de un desconocido gigante rubio. La sorpresa fue tal, que aparte del respingo, el pakistaní no acertó a hacer nada más.

Tampoco habría tenido tiempo, porque el gigante rubio le agarró con una sola mano por el cuello, como si fuese un pollo, y apretó. Adad emitió un ronquido, bizqueó, puso los ojos en blanco, y eso fue todo. Quedó colgando como un muñeco de la mano del gigante, que lo depositó con indiferencia en el suelo. Acto seguido sacó de un bolsillo interior una radio diminuta, accionó el pequeño botón, y acercándola a su boca, sopló. Eso fue todo.

Se guardó la radio, esperó un minuto, y salió de la cocina, caminando sin hacer ruido alguno, lo que no dejaba de ser admirable, considerando su envergadura. Al llegar a la puerta de la salita sacó la pistola, y entró tranquilamente.

Justo en ese instante, los cristales de las dos ventanas se rompían estruendosamente, y las contraventanas eran empujadas. El sobresalto fue tremendo para los cuatro hombres que había en la sala. Pero mientras

Borochenko quedaba anulado por el susto, los otros tres reaccionaron... Yufur se volvió hacia las ventanas, sacando su pistola que había guardado, considerando que los prisioneros no eran gente de cuidado.

Y se equivocó bastante en ello, porque al menos Ilya sí era de cuidado, ya que saltó hacia él, le agarró la mano armada, y, al mismo tiempo que la desviaba, le aplicaba un bestial rodillazo entre las ingles. Justo en el momento en que Yufur gritaba de dolor, Kemir lo hacía de agonía, pues también había sacado su pistola, pretendiendo disparar contra el gigante rubio..., el cual se le adelantó fríamente, metiéndole una bala en el corazón. Kemir saltó aparatosamente hacia atrás, y el gigante rubio encaró su arma hacia Ilya y el otro pakistaní, y dijo, en ruso:

—Déjelo, Strogov: yo me encargo de él.

—Nada de eso... —jadeó Ilya, descargando otro rodillazo a los testículos de Yufur.

Este lanzó otro berrido, intentó soltar la mano armada que sujetaba Ilya, y, al no conseguirlo, quiso golpear con la cabeza en la frente del ruso. Ilya apartó la cabeza, amagó otro rodillazo a las ingles de Yufur, y cuando éste, gritando, se encogía agachando la cabeza, le aplicó un puñetazo escalofriante en la barbilla, que lo alzó del suelo y lo derribó de espaldas sin sentido, como un guiñapo.

Ilya asintió con la cabeza, como felicitándose a sí mismo. Miró en seguida a Borochenko, que contemplaba la escena evidentemente asustado. Acudió a su lado, se sentó, y le pasó un brazo por los hombros.

—Tranquilícese, profesor —murmuró—. Todo está bien.

—De momento, sí —dijo el gigante rubio—. Pero será mejor que ustedes dos se marchen de aquí. Nosotros nos encargaremos del resto.

Ilya y Borochenko miraron al gigante, y luego hacia las dos ventanas, en cada una de las cuales había ahora un hombre armado con una pistola dotada de silenciador.

—¿Quiénes son ustedes?—inquirió Ilya.

—KGB —replicó el gigante—. Suban al coche de esta gente y regresen a Cannes. Dejen el coche fuera de la ciudad, y tomen un taxi, o algún autobús. Y no se preocupen por lo ocurrido aquí. Es más, olvídenlo. Usted siga con lo suyo, profesor Borochenko.

—Sí —murmuró éste, poniéndose en pie—. Vamos, Ilya.

—Pero...

—Haga caso al profesor —sonrió el gigante rubio.

No muy convencido, Ilya Strogov abandonó la casa, y poco después se alejaba de ésta al volante del coche de los pakistaníes, llevando junto a él a Boris Borochenko, que todavía estaba muy pálido.

Ilya le miró brevemente de reojo, y masculló:

—Yo diría que merezco una explicación, profesor.

—Sí, pero no ahora; Ilya. Ya te dije que antes tenemos que esperar a dos personas. Entonces será el momento de las explicaciones y los proyectos.

—No me gusta la KGB —aseguró Ilya.

—A mí tampoco —le miró Borochenko—, pero ya has podido comprobar que a veces resulta muy útil: si

no hubiera sido por ella, ahora estaríamos pasándolo muy mal y seguramente a punto de morir...

El coche seguía alejándose de la casa. Dentro de ésta, el gigante rubio y los otros dos hombres, tan altos y atléticos como él, estaban examinando a los tres pakistaníes, que habían sido reunidos en la sala. Sólo uno de ellos, Kimir, estaba muerto.

—Seguro que a estos dos les sacamos buena información —dijo el gigante rubio—, Pero será mejor que nos larguemos de aquí cuanto antes, pues todavía pueden quedar más pakistaníes. Traed el coche delante de la casa, para meter dentro a estos dos. El muerto lo dejaremos, que lo recojan sus compañeros.

—La cosa se está complicando. Estos sujetos han hablado de tres compañeros suyos desaparecidos o muertos... Y nosotros no sabemos nada de eso.

—No, no lo sabemos.

—Veamos entonces... Es evidente que están interviniendo los pakistaníes y nosotros. ¿Quién más?

—Cualquiera sabe. Hay muchos servicios secretos, y el traidor de Moscú puede haber vendido la información a una docena. Podemos toparnos en Cannes con la flor y nata del espionaje mundial... lo que no permite precisamente que nos distraigamos. La gente que ha capturado o matado a los tres pakistaníes desaparecidos tiene que ser de cuidado.

—Me pregunto si alguno de estos dos debe saber quién es el traidor de Moscú.

—¡Qué han de saber estos desgraciados...! Ellos recibieron la información base, es decir, que el profesor Borochenko venía a Cannes para entrevistarse con su ex alumno Ilya Strogov, y se dedicaron a vigilar a éste... La cosa no da para más,

de momento.

—Pues larguémonos.

—Y sin perder ni un segundo más.

CAPÍTULO V

La bellísima pelirroja estaba mirando por la ventana hacia la calle y fumando nerviosamente cuando sonó la llamada en la radio de bolsillo, que atendió inmediatamente, pues la había dejado al alcance de la mano.

—Sí, sí, adelante —mostró su impaciencia.

—Creemos que van para ahí —sonó la voz en ruso.

—Pues ya era hora... ¿Qué ha ocurrido? Estaba empezando a temer que hubierais perdido el control de la situación.

—No, no ha sido así, pero puede suceder en cualquier momento. Te diré cómo han ido las cosas... Ilya Strogov fue al aeropuerto, en efecto, y al poco llegó el avión procedente de Budapest, con el profesor Borochenko..., pero no como nos lo habían mostrado en las fotografías, sino con la barba afeitada; nos costó un poco reconocerlo. Pero bueno, él llegó, y Strogov le recibió. Se abrazaron. Cuando salieron del edificio del aeropuerto fueron secuestrados por tres pakistaníes, que se los llevaron tierra adentro, a un chalet. No sabíamos qué decisión tomar, y estábamos a punto de intervenir, cuando irrumpieron otros tres hombres, éstos de raza blanca, rubios, altos, y al parecer se cargaron a los tres pakistaníes y liberaron a Strogov y al profesor Borochenko.

—¡Esos tres debían ser rusos! —exclamó la pelirroja Grace Sheridan.

—Tal vez. Desde luego tiene lógica: por supuesto que la KGB ha de estar al corriente del viaje secreto del

profesor, y habrá montado su dispositivo de seguridad. El hecho cierto es que los tres sujetos rubios controlaron la situación, y se quedaron en el chalet. Borochenko y Strogov se fueron en el coche de los pakistaníes, emprendiendo el regreso a Cannes. Han dejado el coche en la periferia de la ciudad y han tomado un taxi..., con el cual están ahora muy cerca de ahí. Creemos que Strogov lleva a Borochenko a su apartamento.

—¡De modo que vienen hacia aquí! —exclamó Grace—. ¡Estupendo!

—Es evidente que van hacia ahí. Bueno, tal vez deberíamos haber intervenido, pero en vista de cómo iban sucediendo las cosas, preferimos seguir permaneciendo a la expectativa.

—Habéis hecho bien. Tengo la impresión de que conseguiré yo más cosas a las buenas de las que conseguiríais vosotros a las malas... Hay una cosa que me tiene sorprendida: ¿no ha intervenido la CIA?

—Por el momento parece ser que no.

—Es extraño... El traidor de Moscú nos vendió la información a nosotros, y está claro que también a los pakistaníes. Los rusos, evidentemente, no necesitan que nadie les informe de lo que saben muy bien, y la prueba la tenemos en su intervención en ese chalet. Así que ya somos tres bandos en el juego, por el momento: los rusos, los pakistaníes, y nosotros. A mí me sorprende mucho que no intervenga la CIA.

—¿Porqué?

—Porque está claro que el traidor de Moscú está vendiendo la información a todos los bandos que puede, y de ahí han sacado la información los pakistaníes. ¿Te parece que tiene sentido que un sujeto tan despabilado venda un informe a esos pobretones pakistaníes y no la venda nada menos

que a la CIA?

—Pues... realmente, no, no tiene sentido. Quizá la CIA esté agazapada esperando el momento decisivo para intervenir, igual que estamos haciendo nosotros. Ah, espera... Estamos llegando. Dentro de unos segundos verás a Borochenko y a Strogov. ¿Te encargas tú de ellos ahora?

—Sí, yo tomo el relevo. Quedad tranquilos. Os iré informando.

Grace Sheridan cerró la radio. Acababa de ver aparecer el taxi por el extremo derecho de la calleja donde tenía el apartamento Ilya Strogov. El taxi se detuvo frente al edificio, y Grace se apartó de la ventana, y fue al recibidor. Aplicó el oído a la puerta del apartamento.

Al poco oyó las voces de ambos hombres, un tanto ahogada la de Borochenko. Hablaban en ruso, idioma que la pelirroja dominaba a la perfección, bien claro había quedado, pero no podía entender las palabras. Oyó las pisadas en el descansillo. Muy bien: esperaría a que Ilya y el profesor Borochenko entrasen en el apartamento del primero, y entonces iría allá con cualquier pretexto y...

La sorpresa la dejó paralizada cuando sonó la llamada a su puerta, tras la cual oía la agitada respiración de Borochenko. Oyó el sordo murmullo de la voz de éste.

No podía ser. No, no podía ser tanta suerte... ¿O era todo lo contrario? ¿Tal vez Ilya Strogov sospechaba de ella por algún fallo que ella misma había cometido y quería quitarla de en medio? Le parecía absurdo. Pero entonces, ¿qué podía querer Ilya Strogov de ella en aquellas circunstancias?

La llamada volvió a sonar. De nuevo oyó la voz de Borochenko, y ahora sí entendió sus palabras, aunque con cierta dificultad:

—Debe haber salido.

—Eso parece —oyó también a Ilya—. Seguramente ha ido de compras... Bueno, vamos a mi apartamento, de momento.

La verdad se iluminó de pronto en la mente de Grace Sheridan: por lo que fuese y para lo que fuese, Ilya Strogov había decidido contar con ella. Así que retrocedió en silencio y rápidamente, alejándose de la puerta..., para acercarse de nuevo, ahora haciendo ruido con los altos tacones de los zapatos. Abrió la puerta con expresión simpática y expectante, y sonrió al ver a Ilya, que, alejándose ya, se detuvo en seco, volviendo la cabeza.

—Hola —saludó alegremente la pelirroja—. ¿Quería algo, señor Strogov?

—Pues..., sí —regresó Ilya, tomando de un brazo a Borochenko—. Pero no quiero molestar, señorita Sheridan. Quiero decir que si no está sola...

—Claro que estoy sola. Todavía no tengo amigos en Cannes... Casi se puede decir que sólo le conozco a usted, aparte de mi amiga.

—Comprendo. Bueno... ¿Podemos pasar?

La pelirroja simuló perfectamente un gesto de sorpresa, superado en seguida por una simpática sonrisa que expresaba no poco agrado y satisfacción.

—Por supuesto que sí. ¡Me encantaría poder corresponder a su amabilidad de antes!

—Pues va a poder hacerlo. —Borochenko y Strogov habían entrado en el apartamento, cuya puerta cerró Grace; Ilya señaló a Borochenko—. Le presento a un amigo y compatriota, el señor Borochenko.

—¿Cómo está, señor Borochenko? —le tendió la mano la pelirroja; y se echó a reír—. ¡Creía que entre ustedes se llamaban «camarada»!

—Eso forma parte de los tópicos sobre Rusia y los rusos —sonrió el apuesto Ilya—. Tengo que pedirle un favor, señorita Sheridan: ¿podría quedarse aquí unas pocas horas mi amigo el señor Borochenko?

—No tengo inconveniente —Grace simuló de nuevo

sorprenderse de pronto— ¿Ocurre algo en su apartamento?

—No... No, no.

—Ah.

—Ya sé que mi petición ha de resultarle extraña, pero... tengo mis motivos. Naturalmente, si ello ha de causarle algún trastorno...

—No, no. Es sólo que me ha sorprendido su petición, pero no tengo ningún inconveniente en complacerle, señor Strogov. Así le devuelvo el favor. —La pelirroja sonrió dulcemente—. Es agradable tener buenos vecinos con los que intercambiar favores, ¿no le parece?

—Sin duda —sonrió también Ilya.

—Sí... Oh, me pregunto si tomarían una taza de café.

—Con mucho gusto. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Considérese en su casa; señor Strogov.

—Puestas así las cosas —sonrió de nuevo Ilya—, yo diría que lo de señor y señorita está sobrando entre nosotros. Yo soy Ilya.

—Y yo soy Grace —rió sofocada deliciosamente la inglesa pelirroja—. Iré a preparar el café.

Dejando solos en la salita a los dos hombres, se encaminó hacia la cocina, sonriendo irónicamente en cuanto volvió la espalda. Todavía no había llegado a la cocina, cuando, tal como esperaba, los dos hombres comenzaron a hablar en ruso, por supuesto. Los oía y entendía perfectamente:

—Tal vez no debería llamarla, después de cómo la traté antes, pero es el mejor sitio que podríamos encontrar para esa reunión, profesor.

—Tú sabrás. Pero recuerda que los pakistaníes saben que te has relacionado con esa condesa.

—Los pakistaníes ya no tienen nada que hacer en esto, recuérdelo: nuestros compatriotas de la KGB los han apartado del asunto.

—Sí. Pero del mismo modo que han intervenido los pakistaníes pueden estar interviniendo americanos, hindúes, chinos, afganos..., y, en fin, agentes de cualquier servicio secreto al que el traidor en cuestión haya podido vender la información de nuestro asunto.

—Su asunto —aclaró Ilya—. Yo todavía no sé de qué se trata, pues está usted demorando la explicación. Lo único que sé es que debemos esperar a un hindú llamado Vanakanda con el cual vamos a sostener conversaciones..., que serán continuación de las que sostuvieron ustedes en la India.

—Ilya, lo sabrás todo en el momento oportuno.

—Me siento como un maldito espía —gruñó Ilya.

—Los espías no son malditos: hacen su trabajo, como hacen el suyo otra clase de funcionarios:

Grace Sheridan casi rió al oír decir a Borochenko que los espías eran «funcionarios». ¡Qué curioso punto de vista!

—Está bien. A fin de cuentas yo confío en usted, y le estimo y respeto.

—Pues llama a esa mujer a ver si accede a alojarnos en su quinta para sostener allá privadamente las conversaciones con Vanakanda y su ayudante. Y esperemos que nadie más aparte de los pakistaníes estén tras mis pasos. Anda, llama.

Hubo una pausa. Grace Sheridan estaba preparando el café, pero con el oído y los demás sentidos más atentos a lo que sucedía en la salita. Oyó el girar del disco telefónico. Y a los pocos segundos la voz de Ilya Strogov...

—¿Lucien? Hola, soy Ilya... ¿Está Aimé..., la señora condesa? ¿No? Escucha, es algo importante. Dile que aunque esté enfadada... ¿Que no está? ¿De verdad? Bueno, ¿puedes decirme dónde podría encontrarla ahora? Es urgente... No, no, yo no lo sé. ¡Si lo supiera no estaría preguntándote por ella! ¿Qué...? Ah, sí, de acuerdo: si ella regresa, dile que tengo mucho interés en hablarle, y que si le es posible, espere ahí mi próxima llamada. ¿De acuerdo? Bien... Sí, muy bien. Gracias, Lucien. Adiós.

Grace oyó el chasquido del auricular al ser colgado. Continuó oyendo la voz de Ilya Strogov, pero de nuevo en ruso, no ya en francés:

—Me inclino a creer que Lucien me ha dicho la verdad: ella no está en casa, profesor. Y no quiero llevarlo allá sin el consentimiento de Aimé... Tengo el convencimiento de que accederá a lo que le pida, pero las mujeres son imprevisibles a veces, y a la condesa lo mismo podría darle por no querer saber nada de mi...

Ilya calló al sonar de nuevo el timbre de la puerta del apartamento, que Grace también oyó perfectamente. La pelirroja frunció el entrecejo, preguntándose quién podría ser. De ninguna manera podía tratarse de uno de sus compañeros de grupo, pues tenían rigurosamente prohibido el contacto directo a menos que fuese absolutamente necesario...

Ilya apareció en la puerta de la cocina.

—Han llamado —dijo—. ¿Quiere que abra yo?

—Sí, por favor —murmuró la pelirroja.

El apuesto ruso se encaminó hacia la puerta. Grace Sheridan salió casi pisándole los talones, pero no le siguió hasta el pequeño vestíbulo, sino que se metió en el dormitorio, apresurándose a sacar la pistola de debajo del colchón, donde la había dejado escondida. Si algún otro grupo de espionaje atacaba, sería Strogov quien se enfrentaría a ellos en primera instancia, y ella tendría tiempo de organizar su defensa o su veloz fuga...

Mientras tanto, Ilya había abierto la puerta del apartamento, y el asombro lo había dejado mudo: ante él estaba Aimé Bourgeois, que le sonría encantadoramente tímida e indecisa.

—Hola, Ilya.

—Hola —parpadeó él—. Me alegro de verte.

—¿De verdad? —exclamó ella, de pronto radiante la expresión.

—Claro que sí, mujer —Ilya mostró una de sus encantadoras sonrisas de gala—. Pero ahora que pienso:

¿cómo se te ha ocurrido buscarme en este apartamento? ¿Te has equivocado y la casualidad...?

—No, no. Estaba a punto de llamar al tuyo, pero me ha parecido oír tu voz detrás de esta puerta, y... —de pronto Aimé miró hacia el interior del apartamento con expresión de alarma—. ¿De quién es este apartamento?

—De otra mujer —Ilya alzó ambas manos, como pidiendo paz—. Una simpática vecina, eso es todo.

—Huele a café. Apuesto a que es una de esas simpáticas ancianas francesas que saben preparar

estupendamente el café.

—No, no es francesa-corrigió Ilya, ceñudo—, y tampoco es una anciana precisamente...

—¿Quién es, Ilya? —sonó la voz de Grace, detrás del ruso.

Ilya hizo un gesto como de resignación, escrutando la expresión de Aimé, cuya mirada había saltado hacia la espléndida pelirroja: El ruso captó perfectamente el gesto súbitamente hostil de madame la Comtesse, y la admiró al ver con qué rapidez lo sustituía por una mundana sonrisa que, por supuesto, no podía ser más hipócrita.

—Es una amiga —se volvió a medias Ilya hacia Grace—. Precisamente la estaba buscando para pedirle algo, y he tenido la suerte de que haya venido a visitarme. Ella es Grace Sheridan, inglesa. Te presento a Aimé Bourgeois, condesa de Lafleur.

—Una condesa —pareció maravillada Grace, tendiendo la mano con visible titubeo—. Encantada, señora.

—Lo mismo digo —aceptó apenas Aimé la mano de la joven.

—Íbamos a tomar café —anunció Grace—. Si gusta...

—Sí, gracias.

Ilya, que miraba de una a otra, no podía evitar establecer mentalmente la comparación entre ambas mujeres. Eran diferentes. No sólo en el aspecto físico y en la edad... Las miró de espaldas mientras ellas caminaban hacia la salita.

Cuando entraron en ésta el profesor Borochenko estaba mirando con gran interés, y se puso de pie al ver aparecer a Aimé y Grace. La condesa lo miró con levísima curiosidad, y eso fue todo.

—El señor Borochenko, un amigo mío —murmuró Ilya— Ella es la condesa de Lafleur, prof... señor Borochenko.

Este inclinó la cabeza, siendo correspondido del mismo modo por la recién llegada.

—El café ya debe estar listo —comentó Grace—. Voy a por él.

Aimé se sentó en el sofá, mirando inexpresivamente a su alrededor. Ilya se sentó junto a ella, que terminó su indiferente inspección ocular y lo miró fríamente.

—De manera que una simpática vecina... —murmuró Aimé.

—No hay nada entre ella y yo, te lo aseguro.

—Nada de mentiras. Ilya, recuerda.

Ilya arrugó el ceño. Por un instante pensó en decirle a la condesa que él hacía lo que le daba la gana con su vida, pero recordó la situación, tal vez al reparar en la expectante mirada de Boris Borochenko hacia la bella... y madurita condesa..

—No tengo ninguna necesidad de mentir —replicó Ilya—. Escucha, tengo que pedirte algo, pero si a cambio de obtenerlo voy a tener que soportar reticencias o celos y cosas así...

—¿Qué tienes que pedirme?

—Acababa de llamar a tu casa. Necesito que nos dejes instalarnos en ella durante algunos días a mí y unos cuantos amigos.

—Mi casa no es un hotel. Ilya torció el gesto.

—Aimé, sólo tienes qué decir sí o no. Lo demás, sobra. ¿Sí o no?

Ella estuvo unos segundos mirándole fijamente a los ojos. Por fin le tomó dulcemente una mano, y susurró:

—Si... Aunque ya me había hecho la ilusión de pasar un par de días tú y yo solos en el yate. Ilya, tienes un chichón.

—Lo sé —sonrió él—. Ya te contaré en otro momento. El yate... ¡Me había olvidado del yate! ¡Qué buena idea acaba de ocurrírseme!

—Estoy segura de que sí —sonrió Aimé.

—Pero quizá a ti no te guste... La idea consiste en que, en lugar de dejamos tu casa, nos prestes tu yate. Quiero decir que podríamos reunimos allá los cuatro para sostener conversiones.

—¿Qué cuatro? ¿Qué conversaciones? ¡Ilya, no entiendo nada!

—¿Qué le parece? —preguntó Ilya al silencioso Borochenko—. ¿No cree que un yate sería un sitio formidable? Podríamos estar navegando durante el tiempo que fuese necesario. Nadie nos molestaría en el mar, profesor.

—Parece una buena idea —murmuró Borochenko—, pero tal vez la señora no esté dispuesta a prestarte

su yate, Ilya.

—¿Se puede saber de qué están hablando ustedes? ¡Y por supuesto, que no voy a prestar mi yate a nadie! No tengo inconveniente en invitarles a él, ya que estaba dispuesta a tenerlos en casa, pero de eso a dejarles mi yate para que se vayan por ahí y yo quedarme en tierra, ¡ni hablar! ¿Puedes decirme por qué si tú vas en el yate no puedo estar contigo, Ilya?

—Pues no sé... —murmuró Ilya, mirando a Borochenko.

—No hay ningún inconveniente —admitió el profesor.

—¡Esto sí que tiene gracia! —se pasmó simpáticamente la condesa—. ¿Me está usted autorizando a viajar en mi yate, profesor? Y además, ¿de qué es usted profesor? ¿Qué es lo que está pasando aquí, qué están tramando ustedes?

—Vamos, Aimé, no seas fantástica —rió Ilya—. Es cierto que el profesor y yo y unos amigos tenemos cosas importantes de qué hablar, pero no estamos «tramando» nada. Nada que sea malo, se entiende.

—¿No? Bueno, ¿qué es ello?

—Ni siquiera yo lo sé todavía. Pero te aseguro que si interviene el profesor Borochenko, no puede ser nada malo.

—¿Para nadie? —te miró intensamente Aimé.

—Por supuesto que para nadie. ¿Verdad, profesor?

Borochenko desvió la mirada hacia donde había quedado su maleta, a la que se acercó. Sacó de ella un libro forrado con cartulina roja, que tendió a Ilya, advirtiéndole en tono bajo:

—Convinimos con Vanakanda que la persona de mi confianza que lo estaría esperando en el aeropuerto llevaría este libro. No será necesario, pues, que tú lo

busques: él te encontrará, y se acercará a ti cuando lo crea conveniente. Sobre todo, no te impacientes. Llegará hoy, pero no sé a qué hora.

—Está bien.

—Si he de decirles lo que pienso... —empezó Aimé.

Ilya tomó el rostro de Aimé con la mano libre, sujetándola con un gesto cariñoso por la barbilla. La atrajo, y la besó en la boca. Luego, acariciando barbilla y cuello de la condesa, susurró:

—Luego nos lo dirás. ¿Podemos disponer del yate?

—¡Estás abusando de tu encanto masculino...!

—¿Podemos, Aimé?

—Está bien —suspiró ella, acariciando con sus finos dedos la sólida muñeca del ruso—. Tengo la impresión de que me estoy complicando la vida, pero no puedo... negarte nada.

Se oyeron las pisadas de Grace Sheridan procedentes de la cocina, y el ruso soltó la barbilla de Aimé, que frunció el ceño. La pelirroja apareció con él café, que sirvió en tazas vulgares del apartamento. Evidentemente el tristemente fallecido monsieur Beaulieu no se había distinguido por su gusto en elegir vajillas.

—¿Has venido con el Rolls?—preguntó Ilya.

—Sí, sí.

—¿Un Rolls? —miró vivamente Grace a Aimé—. ¡Tiene usted un Rolls!

—Así. Está detenido delante de su puerta.

La pelirroja emitió un gracioso gritito de excitación, y se acercó a la ventana, por la que miró hacia la calle.

—¡Qué preciosidad! —exclamó—. ¡Debe ser estupendo tener un coche como ése! Y tiene usted chófer, claro...

—Pues sí —la miraba con fría ironía madame la Comtesse.

—Espero que no sea el chino —rió Grace—. ¡Está bien tener un cocinero chino, pero...!

—¿Qué chino? —murmuró Ilya—. ¿Hay un chino ahí abajo?

—Sí... Ah, no... ¡Hay dos chinos! Pero no están cerca del Rolls... Deben estar esperando a alguien.

Ilya y Borochenko cambiaron una mirada, y los dos se acercaron a la ventana, para mirar por ella cautelosamente. En efecto, abajo, en el estrecho callejón, vieron primero un chino y luego otro, algo más alejado. Todavía algo más lejos vieron otro hombre, de raza blanca, que no era chino, pero que estaba mirando hacia las ventanas del edificio donde vivía Ilya Strogov.

—¿Qué pasa? —preguntó Aimé, al ver el cambio de miradas ente Ilya y Borochenko.

—¿Puedes llamar a tu chófer por teléfono? —preguntó Ilya.

—Claro. Para eso tengo instalado el radioteléfono, querido.

—Llámallo. Dile que se aleje de aquí, que esté dentro

de veinte minutos en otro sitio... Delante del Casino Municipal. ¿De acuerdo? Y que haga el trayecto de modo que si alguien quisiera seguirlo en coche le fuera imposible. ¿Es buen conductor tu chófer?

—Por supuesto. ¿De verdad me explicarás luego lo que está pasando?

Ilya asintió. Aimé también asintió, y se dispuso a llamar a su chófer al coche. Grace Sheridan hacía a la perfección su papel de inocente en todo, mirando a unos y otros como si no comprendiese nada. Aimé estuvo conversando con su chófer, y, apenas había colgado, Ilya y Borochenko vieron cómo el Rolls se ponía en marcha y se alejaba del edificio... Inmediatamente uno de los dos chinos salió tras el automóvil, a pie, con apresuramiento, tras hacerle una seña al otro chino...

—¡Qué barbaridad! —masculló Ilya—. ¡También los chinos...! ¿Qué clase de contactos hizo usted en su viaje a la India, profesor?

—¿Qué..., qué es todo esto? —tartamudeó Grace.

—Usted también tendrá que venirse con nosotros —la miró preocupado Ilya—. No quisiera que le ocurriese algo sólo por haber tenido con nosotros esta breve relación. Lo siento, Grace, pero me temo que quizá le hayamos complicado un poco la vida. Pero no se asuste: todo terminará bien.

Grace Sheridan, perfecta en su papel, miraba a Ilya con los ojos muy abiertos, al parecer asustadísima. Por lo menos mucho más asustada que Aimé, cuya serenidad era admirable. Tampoco podía decirse que Boris Borochenko estuviese muy tranquilo. Y en definitiva, los tres miraban a Ilya como esperando de él que solucionase todo, fuese lo que fuese el problema.

—Podemos salir por el patio de atrás del edificio —indicó Ilya—. No creo que esos chinos conozcan el lugar, y en cambio, yo lo conozco muy bien. Por el patio llegaremos al patio de otro edificio, y por éste, podremos salir a la calle del otro lado de la manzana. Yo iré al aeropuerto con el Rolls, y vosotros tres tomáis un taxi y os vais al yate. ¿Me has entendido, Aimé?

—Sí.

—Bien —murmuró Ilya—. Bien. Será mejor que procedamos cuanto antes. ¡No tenemos tiempo ni de tomar el café!

Y el difunto monsieur Beaulieu quedó abandonado en el armario.

CAPÍTULO VI

—¿Le gusta a usted leer, señor?

Al oír la pregunta, Ilya Strogov volvió vivamente la cabeza hacia su derecha, y vio al hindú. Este sí llevaba barba, canosa y quizá demasiado larga. Debía tener cerca de setenta años, vestía a la europea, y llevaba turbante. No se podía decir que pasase inadvertido. Sus ojos, grandes y negríssimos, escrutaban con suma atención al joven ruso.

—Me gusta mucho —farfulló Ilya, poniendo el libro forrado con cartulina roja ante las narices del anciano hindú—. ¡Me gusta tanto que hace más de dos horas que estoy acompañado de este libro!

—Comprendo —sonrió el otro—. ¿Está el profesor?

—¿Cuál profesor? —entornó los párpados Ilya.

—Ah, creí que le enviaba a usted el profesor Gruchenko.

Ilya parpadeó, confundido un instante. En seguida

soltó un gruñido y dijo:

—Escuche, entiendo las precauciones de usted, pero las cosas no están para divertidos juegos de contraseñas. Me llamo Ilya Strogov, soy alumno del profesor Boris Borochenko, y he venido a esperarle a usted..., es decir, si usted se llama Vanakanda. ¿Entendido?

—Entendido —el anciano barbudo tendió la mano—. Yo soy Sarij Vanakanda. Y él es mi ayudante, Kalal.

—¿Qué ayud...?

El joven hindú apareció junto a Ilya, que asintió, estrechó también su mano, y señaló hacia la salida del aeropuerto.

—Será mejor que nos marchemos de aquí cuanto antes. Estamos metidos en un avispero, como suele decirse. Iremos a un lugar seguro que se convertirá todavía en más seguro en pocos minutos.

—No comprendo.

—Vamos a un yate —sonrió Ilya.

—Ah... ¡Perfecto!

Salieron del edificio del aeropuerto, y tomaron un taxi, pues Ilya había despedido el Rolls al llegar al aeropuerto dos horas antes. De ninguna manera iba a permitir que el Rolls delatase su presencia, así que había encargado al chófer que no apareciese por allí, ni por la quinta, hasta nuevo aviso.

El taxi los llevó a Cannes, y finalmente al puerto privado del Club de Yates, dónde Aimé Bourgeois tenía

el suyo, cuyo nombre era Valeur. No tardaron ni tres minutos en localizarlo. Tenía la pasarela colocada, y los tres subieron, rápidamente a bordo. Al término de la pasarela había un tripulante que se colocó ante ellos, mirándolos con amabilidad en la que según pensó Ilya, no había que fiarse.

—¿Es usted Ilya Strogov? —preguntó.

—Sí. Supongo que Aimé está esperándome.

—Sí, señor. ¿Y quién más le está esperando?

—¿A mí? Ah, entiendo... Bueno, debe estar el profesor Borochenko y la señorita Sheridan. Oiga, ¿y usted quién o qué es?

—Soy el capitán del yate..., y formo parte del servicio de seguridad de la señora condesa. Síganme, por favor.

Ilya asintió, un tanto mosqueado, pues el sujeto en cuestión era casi tan apuesto como él. Y había tres más a bordo, según pudo ir comprobando muy pronto: un ayudante del capitán, un cocinero y un camarero. Cualquiera de estos cuatro hombres podía hacer cualquiera de las cosas que requiere el servicio y mantenimiento de un yate, y eran a cuál más atractivo.

En el saloncito del yate, conversando, estaban el profesor Borochenko, Grace Sheridan y Aimé Bourgeois, a los que un camarero servía un aperitivo mientras ésta daba instrucciones al cocinero. Al ver aparecer a Ilya, la condesa acudió rápidamente a su encuentro, sonriendo aliviada y alegre. Puso las manos en los hombros de Ilya, y lo besó suavemente en los labios.

—Menos mal que no te ha ocurrido nada, cariño —susurró.

—Lo mismo digo. Aunque a ti no es fácil que te ocurra algo: tienes un buen servicio de seguridad. Servirían para hacer una película.

Aimé le miró incrédulamente.

—¿Estás celoso? —exclamó.

—No digas bobadas. Ni compliquemos las cosas en esta situación, ya de por sí complicada, ¿de acuerdo? Lo que tenemos que hacer ahora mismo es zarpar.

—Ya debemos estar zarpando —sonrió Aimé—. Ven a sentarte a mi lado. ¿Qué quieres tomar?

Le agarró de una mano, y fueron a sentarse juntos en el diván corrido bajo el ventanal que se abría a la cubierta. En efecto, estaban zarpando; Ilya notaba ahora la suave trepidación inicial del yate. En pocos minutos estarían en mar abierta.

El guapo atleta que ejercía las funciones de camarero trajo champaña para el aperitivo de Ilya, que movió la cabeza entre divertido y todavía mosqueado. Vanakanda y Borochenko estaban cuchicheando en inglés, tras haberse saludado efusivamente. El joven hindú llamado Kalal permanecía de pie, mirando a uno y otro personaje presente. Grace Sheridan, sentada en una butaquita; parecía no saber qué hacer, dirigiendo breves miradas entre tímidas y anhelantes a Ilya Strogov, que terminó por retirar la mano que Aimé insistía en retenerle.

Boris Borochenko y Sarij Vanakanda habían dejado de cuchichear, y el primero presentó al segundo, que a su vez presentó al atractivo Kalal, que parecía tímido y retraído, y que terminó por sentarse, pero negándose a beber nada.

—Yo espero —manifestó de pronto Aimé— que esto no sea una especie de... peligroso complot internacional. No quisiera tomar parte en nada que pudiera ser censurable, profesor Borochenko.

—¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante cosa? —exclamó el ruso.

—Admita usted que lo que está ocurriendo es bastante preocupante. Si no he entendido mal estamos rodeados de espías por todas partes... Y cuando intervienen los espías me parece que las cosas nunca están claras ni resultan precisamente simpáticas.

—Nosotros no somos espías, madame —declaró Vanakanda.

—Eso lo creo. Sin embargo, he entendido muy bien que sostuvieron una larga reunión en la India, que pretendieron fuese secreta. Y está claro que a consecuencia de esa reunión han alborotado a muchos espías. ¿No es así?

—Sí... Es así. Pero le aseguro que nuestras conversaciones son muy diferentes a lo que ellos piensan.

—Ah. Bueno, me gustaría saber qué es lo que «ellos» piensan..., y qué es la realidad, o sea, el tema de sus conversaciones. ¿Puedo saberlo?

—Francamente, madame, no podemos confiarle eso, de momento.

—Pues cada vez me gusta menos todo esto.

Vanakanda y Borochenko se miraron. Ilya, que permanecía a la expectativa, propuso una solución:

—Podemos llegar a un acuerdo razonable —expuso—. Todos hemos tenido un día bastante agitado, y sería buena idea descansar y tranquilizarnos. Por la mañana, ya descansados, nos entenderemos mejor. Y estoy seguro de que el profesor Borochenko y el señor Vanakanda te darán las explicaciones necesarias y suficientes para despreocuparte —aseguró a Aimé—. ¿Le parece a usted bien, profesor?

Borochenko y Vanakanda se consultaron una vez más con la mirada, y el primero asintió.

—De acuerdo, Ilya.

—Estupendo. ¿Qué tal si nos dedicamos al aperitivo y luego a una estupenda y amable cena? ¡Caramba, es la primera vez en mi vida que viajo en yate...!

* * *

—¿Y tú? ¿Habías viajado antes en yate?

—Un par de veces —murmuró Grace—. Pero nunca había experimentado la emoción de esta vez. Qui.. quiero decir... que todo esto de los espías...

Ilya la tomó por los brazos y la atrajo. Ella alzó el rostro, y pareció que sus ojos se llenasen de estrellas. Habían subido juntos a cubierta unos minutos antes, a fumar un cigarrillo después de la cena, y la conversación habíase iniciado lenta y cautamente. La brisa agitaba la espléndida cabellera roja de Grace.

—¿Debo entender que lo que te causa emoción de este viaje, son los espías?—inquirió sonriente Ilya.

—Bu.. bueno, sí, pero también... Quiero decir que el viaje..., que viajar por mar me gusta mucho, y...

Ilya Strogov la atrajo todavía más. Podía ver perfectamente su boca, y ella podía ver la mirada de él fija en su boca. Estaban en popa, donde no podía verlos nadie. Grace suspiró, y su aliento dio en el rostro de Ilya. Este terminó de abrazar a la pelirroja y la besó en la boca.

Inmediatamente ella reaccionó, abrazándose a él y correspondiendo apasionadamente al beso. Ilya deslizó una mano por un costado de Grace, hasta acariciarle un seno. Ella suspiró fuertemente; y apretó más su vientre contra el de Ilya...

Cuando el beso terminó, Grace tomó una mano de Ilya y la colocó sobre sus pechos.

—No podremos hacer nada ahí dentro —susurró—, porque todos los camarotes han quedado ocupados, y yo estoy con Aimé en el suyo... Pero si deseas hacerlo aquí ahora mismo... ¡Oh, Ilya, me he enamorado de ti de un modo terrible, no puedo... pensar en otra cosa!

—Tranquilízate —susurró él, acariciándola—. Encontraremos el mom...

—Ah, estáis aquí —apareció Aimé Bourgeois tan de repente que les causó un tremendo sobresalto, separándolos—. ¿No tenéis frío?

—No —acertó a decir la pelirroja—. No, no. Estábamos charlando...

—Sí —murmuró Ilya—: estábamos charlando del tiempo, de la luna y las estrellas. Cosas románticas, ya ves.

—Precisamente yo venía en tu busca con esa intención —deslizó Aimé—. Pero si ya has encontrado compañía para ello...

—No, no —saltó Grace—. Yo me iba ya. La..., la verdad es que sí hace un poco de frío aquí fuera. No lo he notado al salir, pero ahora sí... Buenas noches.

Se alejó, entrando rápidamente a las cabinas. Ilya Strogov miró con irritación a madame la Comtesse.

—No eres muy oportuna, ¿sabes?

—Yo pienso todo lo contrario —replico ella—. He sido todo lo oportuna que me convenía a mí, porque me temo que habrías sido capaz de aceptar su desvergonzada oferta.

—¡De modo que estabas escuchando!

—¿Por qué te enfadas? —Aimé se abrazó al cuello

de Ilya—. Todo lo estoy haciendo por amor. Y te aseguro que por mucho que esa jovencita te ofrezca, yo siempre te ofreceré más..., en cualquier terreno. Ilya: siempre tendrás más de mí que de cualquier otra mujer.

Fue ella quien le besó en la boca, lenta y suavemente; no como lo había hecho Grace Sheridan, de modo apasionado, casi violento... Fue un beso muy suave, muy lento, muy dulce. Ilya Strogov sentía como descargas eléctricas en todo el cuerpo, por pequeñas zonas. De repente se dio cuenta de que estaba en plena erección. Aimé apartó sus labios de los suyos, y lo miró fijamente.

—¿Lo ves? —susurró—. Yo también sé hacerte reaccionar...

—Maldita sea mi estampa —jadeó Ilya Strogov—. ¡Déjame en paz!

Y apartando rudamente a la condesa, se metió en las cabinas. Cuando entró en el camarote que compartía con Kalal, éste se hallaba ya acostado. Ilya gruñó un saludo, se desvistió, y se acostó a su vez. Ahora todo estaba en silencio, excepto, naturalmente, el rumor del yate navegando. No tenía ni idea del lugar al que se dirigía. Ni le importaba. Lo que él quería era aclarar las cosas con el profesor Borochenko, saber a qué atenerse, qué pintaba él en todo aquello...

* * *

—Strogov... ¡Strogov, despierte!

Ilya abrió los ojos, sobresaltado. Inclinado sobre él vio a uno de los hombres de la tripulación del yate. Kalal estaba ya sentado en el borde de su lecho.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Es casi seguro que vamos a ser atacados, y en previsión de malas consecuencias no conviene que haya nadie dormido a bordo. Estamos despertando a todos. ¡Vamos, vístanse y estén preparados para cualquier eventualidad!

El tripulante abandonó el camarote. Kalal se estaba vistiendo rápidamente, y Strogov le imitó. Todavía poniéndose la ropa salió al pasillo, y sin molestarse en llamar, entró en el camarote que compartían Aimé y Grace. Las dos estaban vistiéndose, todavía en prendas menores. Por un instante, la deslumbrante belleza de los dos cuerpos femeninos pareció aturdir a Ilya Strogov, que parpadeó, mirando velozmente de una a otra mujer...

—¿Qué está pasando, Ilya?—preguntó Aimé.

—Precisamente he venido a preguntártelo. Pensé que tu empleado habría sido más explícito contigo que conmigo.

—No... Sólo nos han dicho que debemos levantarnos.

Ilya asintió. Se acercó a una portilla, y echó un vistazo a la porción de mar que podía abarcarse desde allí. No vio nada..., pero oyó el potente zumbido de unos motores que no eran los del yate. Se volvió a mirar de nuevo a Grace y Aimé, qué procedían a vestirse a toda prisa.

—Os espero en cubierta-murmuró.

Abandonó el camarote y subió a cubierta, donde estaban ya los cuatro tripulantes, uno de ellos a los mandos del yate. También estaba allí Kalal, y casi pisándole los talones a él llegaron Borochenko y Vanakanda, que compartían el mismo camarote...

Ilya vio en seguida la potente lancha que navegaba alrededor del yate, describiendo un amplio círculo, abriendo una hermosa herida en las transparentes

aguas, que refulgían al temprano sol.

—Están maniobrando de modo que deberíamos detenernos —dijo el capitán del yate—. Pero mucho me temo que si tal hacemos seremos abordados.

—¿Qué es lo que quieren?

—No lo sé. Pero lo sabremos pronto, porque van estrechando el círculo. Seguramente desean hacer contacto.

—¿No podemos esquivarlos?

—De ninguna manera. Esa lancha es más veloz que el yate. Me inclino a creer que salieron de Cannes quizá incluso un par de horas después que nosotros..., y ahí los tiene. Pronto sabremos qué quieren.

En efecto, lo supieron muy pronto. La lancha cerró el círculo de tal modo que casi llegó a tocar el yate, y terminó por navegar a su lado, a no más de una docena de metros. Para entonces, Aimé y Grace habían subido también a cubierta, y todos se habían dado cuenta de que la lancha estaba ocupada por hindúes, así que las miradas de consulta caían sobre Sarij Vanakanda, el cual no decía nada. Simplemente parecía asustado.

—¡Paren los motores y dispónganse a ser abordados! —les gritó de pronto uno de los ocupantes de la lancha—. ¡Si no lo hacen los vamos a ametrallar!

El capitán del yate miró a Aimé, que murmuró:

—Pregúntele qué es lo que quieren y quiénes son. El capitán lo hizo, utilizando también el idioma inglés,

como el hindú de la lancha. La respuesta llegó nítida a oídos de todos:

—¡Queremos al profesor Borochenko y a Sarij Vanakanda! ¡Obedezcan o los enviaremos al fondo del mar! ¡Paren los motores inmediatamente!

—¿Qué opina usted? —miró de nuevo Ilya a Vanakanda—. Esos hombres son compatriotas suyos. Tal vez no debemos esperar nada malo de ellos.

—Si me está pidiendo mi parecer —replicó Vanakanda—, le contestaré diciendo que yo no me entregaría nunca a esos hombres.

—Si lo hacemos —remachó Borochenko—, nada habrá servido de nada.

—¿De qué están hablando? —exclamó Aimé.

La primera ráfaga de ametralladora los sobresaltó a todos. Las balas pasaron por encima del yate, crujendo fuertemente al perforar las capas de aire. Todos se dejaron caer sobre cubierta, protegiéndose de los posibles siguientes disparos tras la borda.

—¿Les contestamos? —preguntó el capitán del yate, mirando a Aimé.

—Desde luego —asintió ésta—. Devuélvanles la ráfaga de advertencia., y si insisten en atacarnos que se atengan a las consecuencias. ¿Me ha entendido?

—Naturalmente.

El capitán y los otros dos tripulantes se deslizaron hacia la popa del yate, mientras Ilya, sorprendido, miraba a Aimé.

—¿Les van a devolver la ráfaga? —inquirió—. ¿Con qué?

—Tenemos dos ametralladoras a bordo —replicó la condesa, mirándolo con una sonrisa encantadora—.

Solicité permiso para ello, a fin de prevenir un posible abordaje pirata.

—¿Un qué?—se pasmó Ilya.

—No estoy hablando de piratas con garfios y sables —rió Aimé—, sino de piratas modernos. ¿No sabes que hay piratas en el Mediterráneo, que se dedican precisamente a atacar yates como éste, para desvalijar a los pasajeros de su dinero y sus joyas y llevarse todo cuánto de valor encuentran en el yate? ¿No sabías eso?

—Pues... sí. Sí, es verdad, pero lo veía como algo... que nunca podía sucederme a mí.

—Porque no tienes yate. Pero yo sí tengo, querido..., y me gusta viajar segura.

La ráfaga de ametralladora procedente del yate sonó en aquel momento, ensordeciéndolos a todos. Oyeron claramente los gritos de los hindúes que iban en la lancha, y los motores gemelos de ésta rugieron fuertemente. En cuestión de segundos los oyeron más lejos. Ilya lanzó una exclamación de alegría.

—¡Se van! ¡Estupendo!

—No creo que desistan tan fácilmente —apuntó Grace.

—¿Por qué no? —inquirió Ilya.

—Si quieren al profesor Borochenko y al señor Vanakanda no van a marcharse sin ellos sólo porque les hayan disparado unos tiros. Esa gente no se asusta tan fácilmente. Volverán.

Ilya estuvo unos segundos mirándola fijamente, ceñudo. Se colocó de modo que pudo mirar por encima de la borda, y vio la lancha..., que en aquel momento estaba virando, evidentemente dispuesta a regresar hacia el yate.

—Me parece que si van a insistir —dijo, mirando a Grace.

—Es natural.

De nuevo miró Ilya con curiosidad a la pelirroja, para dedicar su atención acto seguido a la lancha de los hindúes. Vio no menos de cinco hombres en la lancha, uno de ellos al volante, dos junto a la ametralladora ahora visible, y otros dos armados con pistolas.

—Voy a ver si puedo ayudar a tus empleados —dijo Ilya, tendiéndose en cubierta junto a Aimé—. Vosotros no os mováis de aquí. ¡Y no se os ocurra dejaros ver por encima de la borda...!.

Sus últimas palabras quedaron ahogadas por el rugir de la lancha y de los disparos de agresión. Hubo como un repiqueteo en alguna parte del yate. En popa sonó el crepitar de la ametralladora que respondía al fuego. A gatas, Ilya se desplazó hacia popa, donde vio a los tripulantes del Valeur manejando ahora dos ametralladoras que habían permanecido muy bien camufladas. Cada ametralladora era atendida por dos hombres, y una de ellas atendía el lado de babor y la otra el de estribor;

—¡Hey! —gritó Ilya—. ¿Puedo ayudarles de algún modo?

Cuatro pares de ojos le miraron un instante, entre amables e irónicos. Se oía atronador el rugir de los motores de la lancha atacante. Ilya se asomó cautamente, y vio la lancha acercándose de nuevo, disparando. Por encima del yate sonaban los secos trallazos de los disparos..., y otra vez hubo un

repiqueteo de balas en el casco del Valeur.

Entonces, de pronto, comenzó a sonar el tableteo de la ametralladora de estribor del yate.

Ilya lo vio todo. Pareció una escena de película muy bien preparada, por lo espectacular... Primero hubo en el mar como una línea de, surtidores acercándose a la lancha; pequeñas columnas de espuma refulgiendo al sol, trazando una preciosa línea que se acercaba rápidamente a la lancha. De pronto, dejaron de verse los surtidores en el agua, aparecieron unos agujeros en la lancha, uno de los hombres salió despedido fuera de ella, la cabeza de otro se convirtió en un puro estallido de sangre..., y menos de una décima de segundo más tarde la lancha explotó, quedó rodeada de fuego y humo, y otro hombre saltó por un lado de cabeza al mar, con grotesca pirueta...

Hubo otra explosión, apareció una bola de humo negro, y la lancha, rodeada de fuego, quedó de repente en silencio y comenzó a detenerse... Llegó muy cerca del yate y quedó detenida flotando con leve balanceo. El humo se iba disipando. Ilya pudo ver ahora un hombre caído sobre la borda, con la cabeza colgando hacia el agua. La lancha crujía mientras era devorada por el fuego. De repente se oyó como un

«glop» sonoro, en seguida otro, y la lancha comenzó a hundirse de popa. En menos de medio minuto había desaparecido bajo las transparentes aguas del Mediterráneo.

Ilya miró a los tripulantes del Valeur, que estaban recogiendo las cintas y plegándolas, para camuflar de nuevo las ametralladoras. No parecían satisfechos, ni mucho menos. Sin haber dicho nada, Ilya regresó adonde estaban Aimé y los demás. Vio a Sarij Vanakanda arrodillado junto a la borda, mirando como fascinado hacia el lugar donde había desaparecido la lancha. Junto a él, lívido, estaba el joven y discreto Kalal.

—Han muerto todos —manifestó Ilya, con voz tensa

—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Habrá que avisar a las autoridades de Cannes — contestó Aimé—. Pero creo que antes debemos desayunar, poner en orden nuestras ideas..., y escuchar al profesor Borochenko..., si es que por fin quiere darnos alguna explicación.

—Tal como están las cosas —murmuró Boris Borochenko—, todos ustedes se merecen esa explicación.

CAPÍTULO VII

—En realidad, todo es muy simple —anunció Borochenko, ya reunidos todos en el saloncito del yate tras el desayuno—: Vanakanda y yo estamos tramando algo que incluso disgusta a ciertos gobernantes de nuestros respectivos países. Por eso no podemos confiar en nadie..., ni siquiera en nuestros propios compatriotas. O por mejor decir, en algunos de ellos, porque sabemos que harían lo posible y lo imposible por anular nuestros proyectos.

—¿Qué proyectos? —preguntó Aimé Bourgeois.

—Convertir la India y Siberia en el granero del mundo, arrebatándole esa supremacía a los Estados Unidos de América.

Hubo unos segundos de silencio; pareció que nadie hubiera entendido, salvo Vanakanda, que asentía. De repente, Ilya exclamó:

—¡Por eso quería contar conmigo...!

—Y conmigo — dijo Kalal—. Soy ingeniero agrónomo.

—Nosotros —expuso suavemente Vanakanda— queremos convertir Siberia y la India en la despensa de Asia y África. Pero naturalmente, necesitamos ayuda... y sucesores, pues es un proyecto que sin duda requerirá bastante tiempo, y no quisiéramos morir sin haber dejado dignos sucesores..., que de momento serán nuestros ayudantes. Borochenko eligió a Ilya Strogov, y yo a Kalal Shavir. Cuando nosotros muramos, ellos dos continuarán nuestra obra... si aceptan colaborar con nosotros ahora, claro está.

Ni Kalal ni Ilya dijeron nada. Estaban como anonadados. Tal vez porque eran los que mejor

comprendían la magnitud de los propósitos de los dos veteranos.

—Hay una cosa que no entiendo —advirtió Aimé—. ¿Realmente es eso lo que se proponen ustedes? Porque si es así, no entiendo que sus respectivos gobiernos no estén ya apoyando esa gran iniciativa que...

—Permítame que se lo explique, señora —respondió Vanakanda—. Nosotros no tenemos nada contra los Estados Unidos, pero deseamos quitarle la hegemonía alimentaria en Asia. Usted sabe que Rusia compra cada vez más trigo a Estados Unidos, ¿verdad?

—Sí, losé.

—Eso no sería necesario si Rusia pusiera realmente en marcha todo su potencial técnico y personal capacitado por producir alimentos. Pero Rusia no hace eso. Rusia dedica más dinero a armas que a trigo. Y no porque no sepa o no pueda aumentar sus producciones agrícolas. Es simplemente que no quiere.

—¿Qué dice usted? —susurró Aimé.

—Que no quiere. Prefiere tener armas que comida. En cuanto a la comida que compra a Estados Unidos, piense que hay rusos que se benefician de ello.

—¡Oh, por Dios...! ¡No!

—Sí. Hay rusos que voluntariamente están frenando el desarrollo agrícola de Rusia, a fin de que ésta dependa más y más en ese aspecto de los Estados Unidos de América. Justifican eso diciendo que tienen que producir armas para defenderse de los Estados Unidos. Pero, al mismo tiempo, ponen en manos de éstos la supervivencia real de Rusia, pues si Estados Unidos cortara su suministro de trigo a Rusia, ya veríamos cuánto duraría ésta. Y todo ello, perfectamente tramado por rusos que ocupan altos cargos, que tienen poder decisorio..., y que están

sirviendo de este modo los intereses de Estados Unidos.

—Pero eso... ¡es una traición abominable! —jadeó Aimé Bourgeois.

—Sí, señora. Pero fíjese bien que digo que esto lo están haciendo algunos rusos, no todos los rusos, y mucho menos Rusia. Sólo algunos rusos... Pero éstos son tan poderosos que si supieran lo que estamos tramando y preparando Borochenko y yo nos harían asesinar. Por eso, nuestras reuniones y conversaciones de alto nivel científico encaminado a preparar la explotación agrícola de Siberia y la India tienen que ser secretas. ¿Lo comprenden ahora?

—Desde luego —afirmó Aimé.

—¡Maldita sea su estampa! —estalló Grace Sheridan—. ¿De modo que eso era todo? ¿Tanto misterio para salirnos ahora con esa estupidez?

Todos miraron sorprendidos a Grace, cuya expresión era colérica;

—¿Te parece una estupidez? —preguntó Ilya.

—¡Una completa estupidez! ¿Sabes qué habíamos creído nosotros? ¿Lo sabes? ¡Habíamos creído que Rusia y la India estaban preparando alguna maniobra de agresión, ya fuese directa o por medio de virus o gases!

—Pero... ¿de qué estás hablando? —no salía de su pasmo Ilya—. ¿Y quiénes sois vosotros?

—El Lien Lo Pou. Trabajo para el Lien Lo Pou.

—¿Y eso qué es?

—El servicio secreto chino, querido —miró Grace perversamente a Ilya—. ¡No me digas que de verdad creíste todo el cuento... chino que te expliqué sobre mí! He estado interviniendo en esto en todo momento... ¡Quietos!

Borochenko y Vanakanda habían comenzado a ponerse en pie, pero, al mismo tiempo que daba la

orden, Grace Sheridan sacaba velozmente de debajo de su falda una pistola, con la que apuntó a los dos, en firme gesto de vaivén.

—Ten cuidado con lo que haces —masculló Ilya.

—No seas bobo. Un hombre como tú es como un niño en manos de una mujer como yo. Como el pobre señor Bealieu, que en paz descanse. Como los pakistanies que vigilaban inicialmente la quinta de esta zorra... Pero todo eso no tiene la menor importancia ¡Lo que me saca de quicio es haber estado jugándomela por unos cuantos granos de trigo!

—Es decir, que usted creyó que Rusia y la India estaban tramando algo contra China —murmuró Aimé.

—Yo no, mala pécora: el Lien Lo Pou. Y como soy una de sus mejores agentes, me encargó del asunto: tenía que averiguar qué preparaban Rusia y la India. Y ahora resulta que es cosa de dos locos y que no tiene nada que ver con China. ¡Con el miedo que tienen los chinos! —Se echó a reír—. Y con razón, claro. ¿Saben qué pensaron los genios del Lien Lo Pou?: que Rusia y la India iban a anexionarse Afganistán y Pakistán, y a partir de ahí se dispondrían a devorar toda China, atrapándola como en unas tenazas invencibles... ¡Y ahora me salen con que se trata de una tontería como ésa!

—¿Te parece una tontería que ellos estén dispuestos a remediar hambres y miserias en dos continentes? —murmuró Ilya—. ¿Te parece mentira que estén dispuestos a todo con tal de terminar con esos rusos que están reteniendo el progreso de Rusia al servicio del capitalismo norteamericano?

—Bueno, dicho así no es ninguna tontería, desde luego —rió la bella pelirroja—. Pero... ¿qué me importa a mí todo eso?

—¿Qué quieres decir?

—Te lo explicaré en pocas palabras: el Lien Lo Pou recurrió a mí porque sabe que soy la mejor espía del mundo. ¿Voy a defraudarles ahora diciéndoles que sólo se trata de sembrar trigo en Rusia y la India? ¡Claro que no les diré semejante cosa!

—¿Qué les dirás, entonces?

—Les diré que ellos tenían razón, y que, en efecto, Borochenko y Vanakanda habían sido seleccionados por cierto sector de las políticas rusa e hindú a fin de preparar un gran holocausto chino a base de virus y radiaciones. Dicho de otro modo: que ustedes dos tenían el encargo de terminar con todo vestigio de vida en China.

—¡Pero eso no es cierto! —jadeó Borochenko.

—¿Y qué ganarás diciendo semejante cosa? —inquirió Ilya.

—La admiración, el respeto, el agradecimiento del Lien Lo Pou..., y el más grande premio en metálico jamás conseguido por espía alguno. Incluso me nombrarán quizá jefe del servicio secreto chino en América... Porque yo no soy británica, ¿saben?, sino canadiense. ¿Se imaginan los grandes momentos de triunfo que me aguardan?

—Tal vez —dijo Ilya—. Pero China se daría cuenta pronto de que les habías mentido, cuando el señor Vanakanda y el profesor Borochenko comenzasen sus proyectos de agrie...

—No es posible que seas tan ingenuo —le interrumpió Grace—. ¿No has comprendido que ellos no comenzarán nada? ¿No has comprendido que causaré admiración y provocaré agradecimiento en China cuando diga que nada malo podrán hacer los hindúes y los rusos... porque yo habré matado a los dos hombres que tenían que preparar ese holocausto?

—¿Los vas a matar?

—Querido Ilya: os voy a matar a todos, ¿aún no has comprendido esto? Os voy a matar a todos, acudiré a mi jefe del Lien Lo Pou, le diré que acabo de salvar a China entera de su inmolación, y sólo me quedará ver venir los plácemes y premios.

—Es lo más criminal que he oído en mi vida —susurró Aimé Bourgeois.

Grace la miró aviesamente, con un destello de pérfido odio en sus verdes ojos.

—¡Usted va a ser la primera en mor...!

Captó justo entonces el brusco movimiento de Ilya Strogov; respingando, encaró de nuevo el arma hacia él..., y apretó el gatillo cuando Ilya saltaba contra ella.

Ilya Strogov lanzó un grito cuando notó el impacto de la bala en su hombro izquierdo. Fue como una quemazón súbita, que de momento pareció que no fuese a tener grandes consecuencias. Incluso tuvo fuerzas para terminar su ataque contra Grace, la cual cayó fuertemente impulsado, derribándola y yéndose al suelo con ella, apresurándose a agarrarle la mano armada.

—¡Suelta! —chilló ella—. ¡Suelta, maldito!

—¿Qué te has creído? —jadeó Ilya, sobre ella, ambos en el suelo—. ¿De verdad creíste que yo era tonto?

¡Tenía que haber algo raro en ti, y nunca he confiado del todo...! Y ahora me sales con esta monstruosidad, que supera todas mis sospechas...

Grace Sheridan parecía haberse vuelto loca. De su boca brotaron torrentes de insultos y maldiciones

atroces, mientras dedicaba el resto de sus fuerzas a intentar soltar su mano para disparar de nuevo contra Ilya, que sintió como un relámpago de furia abrasando su mente, y ya no pudo contenerse más: cerró el puño y lo disparó fuertemente contra la barbilla de Grace, rugiendo:

—¡Cierra esa sucia boca de criminal...

Crujió la mandíbula de Grace, y también su cuello. Pareció que en su cuerpo terminase de pronto toda energía. Soltó la pistola, y quedó con los furiosos ojos abiertos y fijos en el techo. Ilya se quedó mirándola todavía sin comprender, hasta que vio a Aimé inclinándose para tomar el pulso a la pelirroja.

—Está muerta —dijo.

Se hizo el silencio. Sarij Vanakanda tomó de nuevo la palabra, en tono suave:

—Toda muerte es lamentable, pero, si me permite decirlo, señora, las que han ocurrido en esta ocasión no deberían detener el proceso que queremos iniciar Borochenko y yo. Si su tripulación es discreta, nadie tiene por qué enterarse de lo sucedido aquí. Podemos estar unos días navegando, volver a Cannes con nuestras ideas claras..., y ya encontraremos Borochenko y yo algún lugar donde empezar a poner en marcha nuestro plan con la ayuda de rusos e hindúes conscientes y honestos... ¿Podemos contar con su discreción?

—Pueden contar con mi discreción y con mi ayuda —declaró Aimé—, pero haremos las cosas de otro modo. Yo les proporcionaré a ustedes un chalet en la montaña, donde nadie les molestará; podrán estar allá el tiempo que quieran sin que les falte nada. Pero Ilya no irá ahora con ustedes, pues está herido y quiero que lo vea un médico. De modo que volvemos a Cannes, mis empleados los llevarán al chalet, y nosotros dos iremos a casa, adonde haré venir a un médico amigo mío que curará a Ilya sin hacer preguntas. ¿Están de acuerdo? ¿Sí? Bien,

como llegaremos a casa de noche, pues hemos navegado bastante, todo será mejor todavía... Pero ahora debemos ocuparnos de la herida de Ilya... ¿Alguna duda, caballeros?

—Madame —murmuró Boris Borochenko—, el hombre que tuviese dudas con usted sería un cretino.

* * *

El taxi entró en el recinto enverjado, que habían encontrado abierto, y, desde una ventanilla, Ilya Strogov, que estaba pálido y llevaba el brazo colgando del cuello por medio de un pañuelo, vio el globo. Se quedó tan pasmado mirándolo que todavía no había reaccionado cuando el taxi se detuvo delante de la casa..., frente a la cual había un flamante Porsche deportivo. La condesa pagó al taxista, que también contemplaba atónito el globo, y tocó a Ilya en el brazo sano.

—¿Quieres verlo de cerca? —propuso.

—Pero... ¿qué es esto? —exclamó él.

—Un Porsche y un globo. Tú habías expresado tu deseo de tener un Porsche, viajar en yate... Te pregunté qué más querías, y me dijiste que un globo. Pues bien: aquí lo tienes.

El taxista se volvió a mirar a Ilya, que seguía mirando el globo. Un auténtico y gigantesco globo listado en colores azul y amarillo. Allá lo tenía, anclado en la gran explanada frente a la casa, listo para emprender el vuelo, con su cesta para pasajeros. Estaba ocultándose el sol, pero todavía había luz más que suficiente para verlo bien...

—A mi nieto también le gustan los globos —comentó el taxista—, pero no como ése, claro.

—Salgamos, Ilya —indicó Aimé.

Se apearon, uno por cada lado. El taxista echó una última mirada al globo, movió la cabeza, y maniobró para salir de la quinta, enfilando el sendero que conducía a las verjas. Aimé y el joven ruso quedaron solos en la explanada, mirando el globo, que fascinaba a Ilya mucho más que el Porsche.

Por fin, Ilya miró a Aimé, y masculló:

—Si esto no es tratarme como a un gigoló que me...

Se interrumpió, volviendo la cabeza bruscamente hacia atrás, y, en efecto, en la entrada de la casa había movimiento. No un movimiento normal, sino del todo anormal... y peligroso: del interior de la casa acababan de aparecer rápidamente tres hombres empuñando pistolas, y uno de ellos gritó:

—¡No se muevan de ahí!

Ilya Strogov agarró una mano de Aimé, y tiró de ella, exclamando:

—¡Corre!

Corrieron los dos, llegaron junto al globo en el momento en que sonaba el primer disparo, e Ilya alzó con un brazo a Aimé y la metió dentro de la barquilla, soltando acto seguido el cabo que la sujetaba a tierra por aquella parte. Saltó él al interior de la cesta, y tiró de la cuerda del otro lado. El globo dio un fuerte tirón hacia arriba... Ilya miró hacia los tres hombres que habían salido de la casa, y que dejaron de disparar, contemplando pasmados el globo. Dos de ellos eran chinos.

Y de repente, mientras el globo se elevaba y los dos chinos y el otro amigo de Grace Sheridan reaccionaban, sonaron disparos en el parque. Uno de los chinos saltó como si se hubieran roto de repente todos sus nervios, y cayó como desarticulado. El otro chino se volvió hacia el parque, de donde salían tres gigantes rubios

corriendo y disparando.

La reacción de los dos amigos que le quedaban a Grace Sheridan fue muy lenta. El chino que todavía permanecía en pie recibió un balazo justo en el centro de la frente que lo fulminó muerto en el acto. El otro sujeto recibió dos balazos en el estómago, cayó de rodillas, y luego de bruces, quedando inmóvil... De los tres gigantes, uno de ellos corría hacia el globo, uno de cuyos cabos consiguió todavía sujetar, gritando:

—¡Llegaron antes que nosotros y encerraron en la bodega a todos los criados, para esperaros a vosotros!

¡No podíamos entrar, pues habrían matado a los criados...!

—¡Que se va a matar! —gritó Aimé en francés.

El agente de la KGB miró hacia abajo con expresión desorbitada, y se soltó cuando sus pies estaban ya a más de cuatro metros del suelo, donde rebotó fuertemente y comenzó a aullar en seguida, sujetándose una rodilla con ambas manos. Los otros dos rusos corrieron a auxiliarle, olvidados por completo del globo, que se iba elevando cada vez más rápidamente.

—Esos no son de la KGB —advirtió Ilya Strogov—. Esos tienen que ser de algún grupo de los mucho honestos grupos rusos que están dispuestos a apoyar secretamente al profesor y a Vanakanda... Son muchachos bien entrenados que han enviado a Europa para proteger al profesor y a quienes trabajemos con él... ¡Seguro!

—Lo seguro —dijo Aimé, mirando asustada hacia abajo—, es que nos vamos a matar si no encontramos el modo de controlar este globo... ¡Dios mío, no debí ser tan complaciente en todo contigo, Ilya! ¿Qué hacemos ahora?

—Pues viajar en globo —rió Ilya Strogov—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

**ESTE ES EL
FINAL**

—¿Le gustaría ser mi amante?

Ilya Strogov volvió la cabeza, miró a Aimé Bourgeois, que acababa de formularle la pregunta, tras entrar en el Bar Orbis y colocarse a su lado, replicó:

—No.

Aimé palideció intensamente, mirando con incredulidad a Ilya..

—¡Oh! —gimió—. ¡Pero...! ¡Ilya, tenías que decir que sí!

—No, señora, no tengo que decir que sí a una proposición tan deshonesta.

—¡Pero si has sido tú quien me ha dicho que podíamos volver a empezar, que debíamos empezar de nuevo nuestras relaciones tal como...! Creí que era una diversión tuya, y he querido complacerte... ¡y ahora me dices que no!

—Es que eso de preguntarle tan directamente a un hombre si quiere ser el amante de una viuda rica...

—¿Qué querías que hiciese? Me enamoré locamente de ti apenas verte, y bien tenía que intentar algo, ¿no? Podía haberme acercado a ti con cualquier pretexto menos... directo, pero me pareció vulgar; y además quizá entonces sí que habrías pensado que era una furcia o algo así...

—No has entendido nada, —gruño él— Quédate aquí y déjame hacer a mí, a ver si te enteras.

La dejó allá sola, y salió del bar. Aimé se encaramó a un taburete, todavía pálida. Hacía tanto tiempo que era viuda de un viejo marido supermillonario que se había considerado ya como... inepta para el amor, como un árbol seco. Y un día ve a Ilya Strogov en un bar de La Croisette, se enamora en el acto de él y va y le pregunta... Bueno, ¿y por qué no podía ser su amante? ¡No tenía nada de malo!

Porque vamos, si ella le hubiese pedido que se casara con ella habría sido demasiado, pero ¿por qué no su amante? Por ella se casaría mil veces con Ilya, pues, a fin de cuentas, si él era hermoso ella lo era más, y era una mujer dulce, inteligente, generosa, buena compañera, simpática... Pero no había pedido tanto, ¿verdad? Sólo su amante, mientras él quisiera... Dios bendito, ¿era demasiado pedir esto?

¡Y ni siquiera habían hecho el amor todavía! Habían aterrizado con el globo más allá de Niza, lo abandonaron, volvieron en taxi a Cannes, el médico atendió a Ilya... Y cuando él ya estaba bien, le dice que podían empezar de nuevo, y ella, creyendo que por fin va a poder satisfacer sus ya insoportables ansias de amor él, le sale con...

—¿Qué tal, cachonda...?

Aimé respingó, regresó a la realidad, y se quedó mirando a Ilya Strogov, que de expresión enloquecedoramente perversa.

—Bien —musitó Aimé—. Bien.

—Me alegro. Oye, estás más buena que vivir de gorra, ¿sabes? Y por tu expresión, se diría que hace siglos que no disfrutas de lo que puede proporcionarte un hombre... Vamos, que vas más hambrienta que una ninfa. ¿A que sí?

—Pu.. pu.. pues, sí... Sí.

—Pues convídame a champaña, y te diré algo. Por ejemplo: como voy a trabajar con el profesor Borochenko en Francia, de momento, arreglando todo eso que ya sabes, y hemos encontrado una gran ayuda de cierto sector ruso, resulta que no tengo necesidad de ser un gigoló, ¿comprendes?

Aimé Bourgeois comenzó a desear morir, así de simple.

—Sí, comprendo —pudo alentar apenas.

—Bien. Bien. Y cambiando de tema: me debes un polvo en la bañera, ¿no es así? Y quiero cobrarlo, conque ve preparándote, porque en cuanto tomemos un par de copas de champaña nos vamos a la bañera. Ah, pero vayamos por partes y con orden. Veamos: ¿te gustaría ser mi esposa?

—¿Tu... qué? —inquirió Aimé con voz de gatita.

—Que si te gustaría ser mi amante..., pero dentro de un orden y sin trampas ni trucos, para que pudiera matarte a polvos siempre que quisiera, lo que a lo mejor no podría hacer si fuese sólo tu amante. Porque para que te enteres, sabrosa: en cuanto te vi me dije que eras la chica más apetecible que había visto... Pero no. No fue en cuanto te vi, sino... un poco después. Y es que las mujeres, ya se sabe, siempre engañáis. Pero bueno, que me estoy liando. ¿Sí o no?

—¿Si o no... qué?

—¡Que si te gustaría ser mi amante!

—¡Sí!

—¿Y mi esposa?

—¡También!

—Esto marcha —guiñó un ojo Ilya Strogov—. ¡Caray si marcha!

FIN